



BURTON HARE

PESADILLA DE DESEO Y DE SANGRE

PESADILLA DE DESEO Y DE SANGRE

BURTON HARE

Colección
SELECCION TERROR n.° 308
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 36.093 — 1978
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: enero. 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21,650)
Barcelona — 1979


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

303 — Noche tenebrosa — *Lou Carrigan*
304 — El hombre de la capa roja — *Clark Carrados*
305 — Pánico en Salton Rock — *Joseph Berna*
306 — La casa de las serpientes — *Clark Carrados*
307 — Las orgías de la gaviota caníbal — *Ralph Barby*

CAPÍTULO PRIMERO

Las tinieblas envolvieron el pueblo como cada noche, como todas las noches desde el abismo de los tiempos. Lo abrazaron, acunándolo en el silencio, en el mismo silencio de todas las noches desde el principio de la vida y de la muerte.

Sólo que no era igual.

No era igual desde un tiempo a esta parte. El pueblo apenas dormía. Sólo esperaba sin saber bien qué. O quizá sabiéndolo demasiado.

Las calles quedaban desiertas tan pronto las primeras sombras del crepúsculo se enseñoreaban de los bosques próximos, de los campos, de las casas. Entonces las gentes cerraban las puertas y ventanas, las atrancaban, asegurándolas, como disponiéndose a resistir un asedio.

Y esperaban.

No sabían qué, pero esperaban.

Oían el silencio adueñarse de cada casa, de cada esquina, de cada calle. Sabían que en ese silencio se movía algo monstruoso, algo que no parecía de este mundo.

Y luego, de vez en cuando, cualquier noche, el grito. Un grito infrahumano, desgarrador como surgido del infierno, y una nueva víctima aparecía por la mañana. Una víctima del mal que no comprendían, de aquella cosa surgida del pozo de los horrores, de las pesadillas sin nombre.

Una mujer bárbaramente violada, desgarrada, rota y quebrada por una fuerza inaudita, materialmente hecha pedazos.

Nadie se atrevía a salir si oían el grito horrendo en el silencio de las tinieblas. El grito de una mujer, sorprendida fuera de las casas por el engendro nunca visto.

Por lo menos, nunca visto por alguien que siguiera vivo para contarlo.

Porque lo que se dice verlo, sí lo vieron. Lo vieron sus víctimas. Lo vio el reverendo Collins, y murió con el cuerpo roto, estrellado contra una pared por una fuerza increíble.

Lo vio el ayudante del comisario en la que fuera su última ronda de su corta vida de veintidós años, y murió estampado contra la columna de hierro de un farol callejero.

Ellos lo vieron.

Y murieron.

Nadie más.

Sí, salía de las tinieblas, para volver a ellas una vez satisfechos sus salvajes apetitos de sangre y de deseo.

El comisario se mesaba los cabellos, sentado ante la lumbre, sombrío y furioso consigo mismo.

—Voy a pedir ayuda a la policía del estado —dijo entre dientes —. Mañana mismo, cuando haya renunciado a mí puesto.

Su esposa le miró con ternura.

—Cálmate, no puedes reprocharte nada, Frank.

—¿Crees que no? ¡Condenación! He de reprocharme el miedo, el pánico que me impide salir a la calle después de anochecer, como todos esos asustadizos... He de reprocharme quedarme sentado aquí como una vieja, custodiándote a ti. O quizá eso sólo sea una excusa para no dar la cara, no losé.

—Aunque salieras, ¿de qué iba a servir? Si te tropezaras con esa cosa, te mataría. ¿Y qué habrías ganado entonces?

El levantó la turbia mirada.

—Por lo menos habría cumplido con mi deber.

—No quiero ser la viuda de un héroe, Frank, sino la esposa de un hombre vivo. Un hombre con sangre en las venas, con miedo en el corazón, pero vivo.

Le abrazó, apretándole la cabeza contra su pecho, queriendo sentirlo suyo, vivo; sentir su aliento alterado en la piel suave de los senos, y sus manos que temblaban cerrándose en torno a sus caderas, como si se aferrasen a ella en un intento de alejar el terror que agarrotaba a todo un pueblo.

Siguió aprisionándole contra ella, y poco a poco las manos del comisario dejaron de temblar y se afianzaron sobre las firmes caderas de su mujer. Levantó la cabeza, aún apretada contra la tibieza de sus senos, y miró los ojos brillantes de ella. Trató de sonreír y deslizó las manos hacia los apretados muslos que se estremecían debajo del vestido.

—Es un condenado momento para hacer el amor, ¿no crees? —susurró.

—Cualquier momento es bueno, si nos queremos.

El asintió. Después de todo, ¿por qué no? Nadie sabía si seguirían vivos al día siguiente, así que, ¿por qué no?

Ella se dejó deslizar sobre sus rodillas. Sus bocas se buscaron hasta encontrarse, hasta arder en una llama que les quemó la lengua y el corazón.

Y entonces oyeron el alarido.

Lejano, apagado, pero horrendo en su satánica desesperación.

El comisario se levantó de un brinco, casi tirando a su esposa al

suelo.

—¿Oíste? —jadeó.

—¡No lo escuches, Frank!

—¡Está ahí otra vez! Está matando otra vez... está violando a otra mujer, desgarrándola, matándola...

—¡Frank!

El se cubrió la cara con las manos.

—¡No puedo! —sollozó—. ¡Dios, no puedo soportarlo...!

Se fue tambaleándose hacia el vestíbulo. Su mujer dio un grito y trató de detenerlo. Se oyó, lejano, otro aullido de muerte, más débil, como agonizante.

Frank Logan atrapó el cinto con el revólver y se lo ciñó con dedos torpes. Su esposa se aferró a él con desesperación.

—|No salgas, Frank...! ¡No salgas! Hazlo por mí... ¡No te vayas!

El la apartó con violencia. No pudo hablar. Sólo la miró, temblando como una mujerzuela, según su propia opinión.

Luego, descolgó el potente rifle 30-30, comprobó que tuviera un cariucho en la recámara, y abriendo la puerta se lanzó a las tinieblas.

Todo lo que dijo fue:

—¡Cierra con llave y no abras hasta que yo vuelva!

Y desapareció.

Ella cerró, sollozando.

—Si vuelves... —jadeó.

Cayó de rodillas pegada a la puerta, conteniendo el llanto para escuchar mejor los ruidos del silencio.

No pudo oír siquiera los pasos de su marido alejándose hacia la muerte, hacia el horror.

CAPÍTULO II

Tom Ryder maldijo una vez más cuando las ballestas del auto crujieron al saltar otro bache. La luz de los faros iluminó fugazmente el rótulo anunciando la entrada del pueblo y vio los árboles familiares, los campos que eran sólo un pozo negro.

Había llegado. Redujo la velocidad y enfiló la calle principal. La condenada avería había retrasado todos sus planes. No había contado con llegar a esas horas de la noche, porque no había ni que pensar en alojarse en la casa, que estaría hecha una ruina sin tiempo para habilitar siquiera un dormitorio.

Y recordaba muy bien la posada para sentir repeluznos sólo con pensar en dormir allí.

De pronto cayó en la cuenta de que todo estaba muy solitario. Ni una luz, fuera de los espaciados faroles. Ni una ventana iluminada, ni un noctámbulo por la calle, paseando el perro o estirando las piernas antes de acostarse.

—Pues no es tan tarde —rezongó entre dientes.

Habría que decidirse por la posada, no había otra solución. Dobló una esquina y las luces de cruce Iluminaron algo que se agitaba sobre la acera, a cincuenta metros de distancia.

Le pareció que alguien estaba peleando allí. Frenó con cautela y encendió las luces de carretera.

Se quedó sin aliento. Una figura enorme, oscura, de formas imprecisas, se alzaba del suelo zarandeando entre sus manazas algo frágil, algo como...

Tom Ryder sintió cómo se le erizaba el pelo.

¡Era una mujer!

Paró el coche y saltó al suelo.

—¡Eh! —rugió—, ¡Déjela en paz!

Echó a correr hacia el lugar del suceso. Ni por un instante pensó que podría enfrentarse a algo fuera de lo normal, teniendo por normal a un hombre que estuviera maltratando a una mujer.

El enorme bulto oscuro se revolvió con una extraña agilidad. Le vio llegar y levantando el cuerpo de la mujer por encima de su cabeza, lo arrojó como si pesara menos que una pluma.

Ryder trató de detenerse, de esquivar el cuerpo. No fue lo bastante rápido, y el desmadejado cadáver le golpeó como una bala de cañón, tirándole de espaldas, dando tumbos. Se golpeó la cabeza

contra el suelo y sintió un estallido de dolor en el cerebro.

Aturdido, se levantó, desprendiéndose del estorbo que le aplastaba.

—¡Deténgase, bastardo! —rugió mirando en torno.

Vio un movimiento a lo lejos, cerca de la esquina.

—¡Maldito hijo de perra!

Echó a correr sobre unas piernas que no estaban tan seguras como de costumbre. Cuando llegó a la esquina ya no vio ni el rastro del ser que huía.

Entonces oyó los pasos de alguien que corría, procedente de una calleja lateral y oscura como la boca de lobo. Rechinó los dientes y fue hacia allí.

Alguien gritó con acento de ira, de espanto. Luego, un potente rifle tronó en la noche con un estruendo terrible.

Ryder se detuvo, pegado a la pared. Con eso no había contado.

Pasó casi un minuto en absoluto silencio. Luego, unos pies se pusieron en movimiento hacia donde él estaba. Le pareció oír un jadeo angustioso, como si quien fuese que se aproximaba estuviera conteniendo las ganas de llorar. Sin embargo, era un hombre.

Atisbó por la esquina con extremada cautela. La figura del hombre era apenas una mancha en movimiento, pero en sus manos pudo descubrir el brillo opaco del cañón de un rifle y eso le obligó a pegarse de nuevo contra la pared.

El comisario dobló la esquina. Le castañeteaban los dientes y apenas se sostenía sobre sus piernas. Un continuo murmullo brotaba de sus labios como si rezara.

Ryder suspiró.

—No vayas a dispararme, Frank. Soy Tom Ryder.

El comisario dio tal brinco que por poco no cayó de espaldas. Levantó el rifle y graznó:

—¡No se mueva de donde está!

—Tranquilo, Frank. ¿Es que no reconoces a los amigos?

—¿Tom?

—Seguro.

—Avanza un poco con las manos sobre la cabeza. Quiero estar seguro de que te conozco.

—Pues si que…

Pero obedeció, de modo que Frank Longman pudiera identificarle con claridad. Le oyó suspirar, casi gimoteando.

—¿Y bien, estás convencido de que no soy un fantasma?

—Lo siento… podía ser una trampa. ¿Lo viste?

—¿A quién?

—A esa cosa… Nadie sabe lo que es.

—Vi escapar al hijo de perra que maltrató a una mujer.

Seguramente la mató, porque no gritaba ni siquiera cuando la arrojó contra mí.

—¡Oh, Dios! ¿Dónde está?

—Ahí, en la otra calle.

—Vamos a verla. Corrieron uno al lado del otro.

El cuerpo desmadejado de una muchacha que apenas si habría cumplido veinte años se les apareció con todo el horror de un sacrificio nauseabundo. Sobre su cuerpo sólo quedaban pedazos de las ropas, simples harapos. Y lo que el monstruo hiciera con ella era como para pregonarlo en voz alta. Tom Ryder sintió cómo se le revolvía el estómago y no pudo apartar la mirada de aquello.

Junto a él, Longman balbuceó:

—Es la quinta víctima, Tom.

—Pero... ¿te das cuenta de lo que ha hecho?

—Sí, lo mismo que a las otras.

—Es una pesadilla.

—Le vi huir y disparé. No sé si le acerté o no, pero no se detuvo. Nadie sabe lo que es.

—¿Cómo?

—No es humano, Tom.

—¡Cuernos! ¿Qué es entonces, un marciano? No digas tonterías, Frank. Eso es obra de un loco degenerado y nada más.

—No, Tom. Ningún hombre partiría a otro por la mitad estrellándolo contra un poste.

—¿De qué estás hablando?

—Así mató a mí ayudante, el pobre Hoskins. Ayúdame, llevaremos a esta desgraciada a casa del médico.

—Tengo el coche ahí mismo. ¿Cómo diablos empezó todo esto?

—Nadie lo sabe. De pronto, esa cosa apareció y sembró la muerte y el terror. Nadie que le haya visto ha vivido para contarlo, excepto tú y yo esta noche.

—Yo no vi más que un tipo gigantesco, eso es todo. Creo que pasa de dos metros de estatura, aunque fue todo demasiado rápido e inesperado para que pudiera fijarme en algún detalle.

Colocaron el cadáver en el asiento posterior y Tom condujo rumbo a la casa del doctor Correll. A su lado, Longman gruñó:

—¿A qué se debe tu vuelta, Tom? Tenía entendido que las cosas te iban bien por Los Angeles.

—No me quejo.

—¿Entonces?

—Recibí una carta de Peggy. Algo muy raro que me intrigó, porque ella no recurriría a mí en circunstancias normales. De modo que decidí tomarme unas vacaciones. Fui en avión hasta Marthas Head, y allí alquilé este cacharro. ¡Maldita sea! Casi tuve que

empujarlo para llegar aquí.

—¿Peggy te pidió que vinieras?

—Así es.

—Debe continuar enamorada de ti.

—Tamo como del demonio, pero no hablemos de eso. Ahí está la casa del doctor Correll. ¿O hay otro médico?

—No, es el mismo.

Detuvo el coche y ambos se separaron. El comisario fue a la puerta de la casa y llamó.

Desde una ventana a oscuras una voz cautelosa indagó:

—¿Quién está ahí?

—Soy Frank Longman, doctor.

—Espere un minuto.

Se encendió una luz en el porche y luego la puerta se abrió. Un hombre vestido con un pijama y envolviéndose con una gruesa bata acolchada les miró alarmado.

—Oí los gritos —balbuceó—. ¿Qué pasó?

—Ha vuelto a matar. Tenemos a la víctima en el coche, doctor…

—Ya veo. Tráiganla. Deberíamos avergonzarnos de nosotros mismos por permitir que sucedan estas cosas.

Tom cargó con el destrozado cadáver y lo llevó a la casa, siguiendo al doctor hasta la sala de consulta. Colocó su carga encima de una mesa de cirugía y se apartó, dejando que el médico diera un vistazo a los atroces despojos. —Como las otras —gruñó el doctor—. ¡Dios, es algo diabólico!

Volviéndose, clavó sus ojos asustados en Ryder y arrugó el ceño.

—Usted es Thomas Ryder, si no recuerdo mal.

—Cierto, doctor. Acabo de llegar.

—Vio al monstruo, doctor.

Correll dio un respingo.

—¿Y está vivo?

—No vi más que un bulto, un tipo gigantesco o algo así. No me dio tiempo a ver detalles. ¿Usted tampoco tiene ninguna idea de qué puede ser ese fenómeno?

—Ni la más mínima. ¿Ha visto usted lo que hizo?

Señalaba el cadáver por encima del hombro.

Tom asintió, sintiendo que de nuevo se le revolvía el estómago.

—Esos tremendos desgarros —refunfuñó Correll—. No es un ser humano, Ryder, por lo menos de eso podemos estar seguros.

—Entonces, ¿qué?

Ni el médico ni el comisario replicaron. El dio media vuelta y salió del consultorio, deteniéndose ante la sala de espera, donde encendió un cigarrillo. Minutos después los otros dos hombres se reunían con él.

Frank Longman dijo:

—¿Piensas quedarte en el pueblo, Tom?

—Por lo menos, hasta saber qué es lo que preocupa tanto a Peggy como para llamarme.

—No creo que puedas ocupar tu vieja casa a menos de adecentarla un poco.

—Ya pensé en eso. Me resignaré con la fonda por esta noche.

—Olvídalo. Las chinches se te comerían vivo. Puedes venir a mí casa. Doris estará encantada.

—Hombre, eso sería estupendo.

—No se hable más. ¿Se ocupará usted de ella, doctor?

—Claro. Aunque habrá que avisar a la familia. ¿La conoce usted, Frank?

—Creo que es la hija de los Hopkins, aunque no estoy seguro. ¿Qué demonios estaría haciendo en el pueblo, si es ella? Tienen la granja a casi dos millas de aquí. Oye, Tom, ya que tienes el coche ahí fuera, ¿te importaría llevarme allí? Va a ser una situación endiablada si se trata de su hija, pero…

—Está bien.

De este modo, Tom Ryder se vio envuelto en la atroz pesadilla cuyo alcance jamás pudo sospechar.

CAPÍTULO III

Casi histérica, Doris se abrazó al cuello del comisario tan pronto éste abrió la puerta. Sollozando, se apretó contra él como si en ese abrazo quisiera fundirse por entero, ahogar en su musculatura el temblor espasmódico de su propio cuerpo.

Frank balbuceó algo que no se entendió, antes de besarla en la boca.

Sólo cuando él la apartó con suavidad, Doris descubrió la presencia de Tom Ryder en la puerta. Ryder sonreía ante la efusión amorosa del matrimonio.

—¡Oh, no sabía...! —balbuceó la mujer.

—No te preocupes. He visto besos mejores en el cine.

—¡Tom!

—¿Es que no te acordabas de mí?

—Has cambiado...

Frank dijo:

—Pensaba dormir en la posada, querida. Le dije que viniese conmigo, porque las chinches le despedazarían allí. ¿Qué te parece si preparas algo de beber? Lo necesitamos.

—Por supuesto. Me alegro de que estés aquí, Tom.

—Gracias, Doris.

La siguieron hasta una sala bien instalada. El fuego ardía en la chimenea y Tom se despojó de la chaqueta forrada de piel, frotándose las manos ante la lumbre.

De pronto, Frank Longman dijo suavemente:

—Vimos al monstruo, Doris.

Ella contuvo el aliento. Les miró asustada.

—¡Frank!

—Huyó. Le disparé, pero debí fallar el tiro. Tom intentó detenerlo y... Bueno, no lo consiguió —terminó para no tener que mencionar los detalles de la nueva víctima.

—¿Y los gritos, Frank?

—La hija de los Hopkins. Muerta. Hemos pasado una hora condenadamente mala con sus padres. Como las otras... destrozada.

La mujer se estremeció. Miró a Tom y vio la sombría expresión de su cara.

—¿Qué piensas de todo esto, Tom?

—Nada. No conozco los pormenores, no sé más que lo que he

visto esta noche. Pero me sorprende que no se haya organizado la caza por los alrededores. Hay hombres suficientes en el pueblo para rastrear la comarca palmo a palmo.

Frank se encogió de hombros.

—Conseguí reunir una partida después del primer crimen. No encontramos rada. Después, el pánico hizo presa en la gente y nadie quiso volver a salir de noche.

—Ya veo.

—Voy a presentar la dimisión por la mañana.

Tom le contempló con el ceño fruncido.

—¿Crees que eso arreglará algo, Frank?

—Por lo menos, dejaré el campo libre a la policía del estado.

—Puedes llamarlos igual sin renunciar a tu cargo.

—No, Tom. Las cosas nunca son tan fáciles. Tengo miedo, ¿entiendes? No me avergüenza confesarlo. ¡Un miedo cerval! Creo que fallé el tiro esta noche de tanto que me temblaban las manos.

—Ya veo.

—Esa es la razón. —Tú eras el único habitante de este condenado agujero que estaba en las calles, Frank...

—¿Y qué?

—No debías tener tanto miedo como dices.

—Es difícil de explicar. Oí los gritos... y el pánico me agarrotó. Pero debía salir... era mi deber, ¿entiendes? Así es que salí, y en lo más hondo de mi corazón rogaba al cielo para que no me tropezara con esa bestia, o lo que sea.

—Pero saliste. Si hubieses acertado el tiro ahora todo esto habría terminado.

—Quizá no.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro de que un simple balazo pueda terminar con ese fenómeno.

—Vamos, no digas simplezas. Es un ser de carne y hueso. Una bala de ese rifle es capaz de tumbar a un oso de patas arriba, de manera que lo mismo hará con el gigante, sea lo que sea.

Frank meneó la cabeza lleno de dudas. Tomaron los vasos que Doris les ofrecía y luego Tom gruñó:

—Cuéntame cómo empezó todo esto, Frank.

—No hay ninguna historia. Una noche, hace tres meses, se oyeron unos gritos espantosos en el parque. Mucha gente corrió hacia allí, sólo para encontrar a una muchacha hecha pedazos, como la que tú has visto. No vieron al criminal, no vieron nada. Pero los destrozos no los podía haber causado un ser humano. Así empezó.

—¿Y luego?

—Dos mujeres más, y mi ayudante, y el reverendo Collins. No

puedes ni imaginar la manera como los mató. Diñase que los había aplastado una apisonadora. Y por fin, la chica de los Hopkins, esta noche.

—Ese tipo debe de esconderse en algún lugar, Frank.

—Seguro. Pero ¿dónde?

—Con su peso, debe dejar alguna huella, digo yo. —Las he buscado. O soy muy torpe, o no las hay.

—Tú viste hacia dónde huía. Ese callejón desemboca en los campos. Hay matorrales, polvo, barro, hojarasca. Deben quedar huellas si huyó campo a través.

Frank alzó la cabeza esperanzado.

—¡Tom! —exclamó—. Tú fuiste un estupendo cazador mientras estuviste aquí… ¿Crees que podrás descubrir esas huellas?

—Han pasado muchos años desde aquellos tiempos. Pero lo intentaré.

De pronto, Doris exclamó:

—No me has dicho por qué regresas, Tom. ¿Te cansaste de la gran ciudad?

—No…

—Peggy le escribió —explicó Frank.

—¡Caramba!

—A mí también me sorprendió, Doris.

—Habrá que oír a las chismosas de costumbre cuando sepan que has regresado —una sonrisa aleteó en los labios de la hermosa mujer, que añadió—: Ya te despellejaron entonces, imagina ahora.

El asintió. Sombrío, dijo:

—Supongo que en estos años no se supo nada de… de Verena.

El matrimonio cambió una fugaz mirada.

—No, Tom. Nadie ha vuelto a saber nada de ella.

—Ya… Claro…

Frank apuró su vaso.

—Creo que será mejor acostarnos, querida. Tom y yo saldremos temprano, antes de que la gente alborote demasiado.

—Por supuesto. Ven, te mostraré tu cuarto, Tom. Me alegra mucho que pases la noche con nosotros.

Mientras seguía a Doris, Tom Ryder pensó fugazmente si no llegaría el momento en que habría de arrepentirme de haber vuelto, de haber regresado a donde cinco años antes había enterrado sus más caras ilusiones…

* * *

Era negra noche aún. Algunos vecinos habían acudido a la granja

de los Hopkins acompañándoles en su dolor. El rumor había corrido por esos misteriosos vericuetos en que se mueven las noticias de desgracias y catástrofes. Y estaban allí, sin saber qué decir, silenciosos, sombríos.

Los Hopkins eran una pareja que por regla general no se ganaba las simpatías de nadie. Hoscos, avarientos, dedicados a su trabajo, sólo una ocasión como la terrible tragedia podía agrupar en torno suyo a los habitantes de las granjas más próximas.

Una vecina había preparado café. Estaba distribuyéndolo cuando sonaron los duros golpes en la puerta.

No fue una llamada amistosa, de eso no les cupo dudas. Sonaron como propinados por un martillo.

Cambiaron miradas sobresaltadas. Luego, dos hombres se dirigieron a la puerta y la abrieron casi conteniendo el aliento.

Un muchacho de unos veinte años entró apartándoles a empujones. Llegó al salón donde estaban todos reunidos y se detuvo, temblando de ira, buscando con la mirada a los padres de la última víctima del monstruo desconocido.

Vio al señor Hopkins y saltó hacia él, atrapándole por las solapas y zarandeándolo hasta que lo levantó casi en vilo.

—¡Usted! —rugió—. ¡Usted, maldito hijo de perra!

El hombre lo miraba alelado, desbordado por la salvaje vehemencia del muchacho.

—¡Usted la empujó a la muerte, bastardo del demonio!

—¡Suéltame... quítame... quítame las manos de encima!

Los demás hombres sujetaron al muchacho apartándolo del granjero. Alguien trató de calmarlo. Él se soltó de un tirón.

—¡Es como si la hubiera matado usted! —chilló el chico.

—Pero, Joe, cálmate —balbuceó una mujer—. ¿No puedes tener consideración por el dolor de esos padres?

—¡Consideración! Debería pegarles un tiro a cada uno. ¡Que le cuenten por qué huyó Chrystine de esta casa! Eso no se lo han dicho a ustedes, ¿eh? Díganles que hablen, a esos bastardos...

—¡Joe!

—Es mejor echarle de aquí —dijo alguien.

Joe Carmody les miró echando chispas.

—No necesitan hacerlo —rechinó los dientes—. Voy a salir ahora mismo para buscar al que ha matado a Chrys. No me importa si es un monstruo o un demonio escapado del infierno, le haré pedazos. Pero antes deberla matar a esos dos engendros... debería arrancarles la cabeza y arrojarlos a los perros después.

Los hombres y mujeres presentes empezaron a caer en la cuenta de que era muy raro que los Hopkins no protestaran, no se enfurecieran. Ni siquiera se atrevían a rebatir los ex abruptos del

muchacho.

De modo que todas las miradas acabaron convergiendo en el abatido matrimonio, interrogantes, como esperando una reacción que no se produjo.

Joe Carmody barbotó:

—No se atreven a abrir la boca. Tendrían que admitir su crimen.

—¿De qué estás hablando, Joe? —gruñó un granjero, atónito—. No tienes derecho…

—¡Tengo todos los derechos del mundo! Habrían de admitir que arrojaron a su propia hija en las manos del asesino. La echaron de casa como a un perro porque iba a casarse conmigo. ¡Atrévase a negarlo, Hopkins, atrévase!

La señora Hopkins se ahogaba. Derrumbada en una silla, se cubrió la cara con las manos, sollozando en silencio. Su marido desviaba la mirada, lívido, tembloroso.

El muchacho aún añadió con cólera infinita:

—¡Ellos no querían que nos amásemos! Yo no tengo un céntimo, no puedo aportar nada a sus arcas de avaro… Por eso le negaron que siguiera viéndome, hasta anoche, cuando Chrys les dijo que íbamos a casarnos, les gustara o no. ¡Y ellos la arrojaron de esta casa!

Hubo un sordo murmullo entre la gente. Un murmullo amenazador, de indignación reprimida.

Y Joe dio el último mazazo:

—Chrys me llamó por teléfono… Me dijo lo que había pasado y que se venía conmigo para casarse, pasara lo que pasara. Nunca llegó.

Otro largo silencio. Luego, alguien, con voz ronca, dijo:

—Vámonos de aquí.

Uno tras otro desfilaron hacia la puerta sin una palabra más. En un minuto quedaron solos el matrimonio Hopkins y el muchacho.

Joe rechinó como despedida:

—Todo el mundo lo sabrá y a partir de ahora nadie volverá a tener tratos con usted, Hopkins, maldito perro. Y si yo regreso…

No dijo más. Giró sobre sus pies y abandonó la granja para internarse en los bosques, rabioso, ciego para todo lo que no fuera atrapar al ser, hombre, monstruo o bestia, que había mancillado su sueño de amor juvenil.

Los bosques eran una mancha negra en la que se sumergió con la absoluta certeza de que nunca saldría de ellos. Sólo la rabia ciega, el rencor y la cólera le empujaban.

Tenía que encontrarlo. Tenía que dar con él, destrozarlo a cuchilladas, aunque pereciera en el intento. No le importaba.

Nada importaba, excepto matar.

CAPÍTULO IV

Frank Longman se detuvo, apoyándose contra un tronco y desabrochándose la pesada zamarra de piel gruñó:

—Necesito fumar o reviento. Tom.

Este suspiró.

—De acuerdo. Los dos estamos nerviosos.

El alba recortaba sobre sus cabezas las altas copas de los árboles. Formaban una cúpula oscura que prolongaba las tinieblas del bosque.

El comisario encendió un cigarrillo y Tom le imitó. Comenzaban a despertar las aves, y aquí y allá sonaban sus trinos y los rumores indescifrables que daban vida a la maraña de vegetación en la que se movían.

Tras un silencio, Frank indagó:

—¿Qué piensas, Tom?

—¿Sobre qué?

—Esas huellas.

—No son de ningún monstruo en todo caso. Dudo mucho que las dejara el tipo que mató a la muchacha.

—No obstante, son recientes según tu criterio.

—Eso es seguro.

Frank Longman soltó un gruñido.

—Nadie en el pueblo se atreve a entrar en los bosques desde que empezó todo esto. Y menos de noche.

—Eso ya lo dijiste antes. Espérame aquí. Frank. —¿Adónde vas?

—Sólo daré un rodeo en torno a este lugar. Ahora hay más luz.

Tom Ryder desapareció engullido por la espesura, moviéndose en silencio. Tan en silencio que Frank pensó si no se habría desvanecido en el aire tan pronto dejó de verlo.

Se aferró a su pesado rifle, tendiendo el oído, sintiendo un agudo frío en los huesos que no tenía nada que ver con la baja temperatura reinante.

Toni regresó veinte minutos más tarde. Al aproximarse dio una voz para identificarse y evitar que el nervioso comisario le metiera una bala del 30-30 en la cabeza.

—Nada —rezongó—. Ni el menor rastro de un tipo tan pesado como el que vimos anoche.

—No sé si alegrarme o lamentarlo.

—¿Qué?

—Casi me alegro, Tom. No creo que tuviera valor para enfrentarme con esa cosa.

—Estás diciendo tonterías, Frank. Con estos rifles no hay nada que temer.

El comisario no replicó. Reanudaron la marcha abriéndose paso con dificultad.

De pronto, Tom gruñó:

—Párate ahí, Frank.

—¿Por qué?

—Mira.

Había unas ramas tronchadas a un lado. Tom pasó los dedos por la rotura de la rama más gruesa y dijo:

—Hace pocas horas que ha sido rota, Frank. Aún rezuma savia.

Inclinándose, buscó alguna huella en la densa hojarasca que cubría la tierra, pero desistió de pronto. Ni siquiera las suyas quedaban marcadas más tiempo del que tardaba en dar dos pasos.

—Alguien pasó por aquí esta noche. Frank, de eso estoy seguro.

—El monstruo.

—No.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque era mucho más pesado. El dejaría huellas, removería la hojarasca. Y troncharla ramas mucho más gruesas de las que cierran el paso entre los árboles.

Siguieron adelante y quince minutos más tarde había suficiente luz en la espesura para ver con claridad lo que les rodeaba.

Así descubrieron el pedazo de tela prendido en un zarzal.

—Parece un pedazo de pantalón gris.

Tom asintió.

—Lo es. Seguimos el mismo camino que el tipo que pasó anoche por el bosque.

—Pero ¿quién sería, Tom? Un hombre solo, de noche...

—Lo sabremos si nos tropezamos con él. Vamos, casi hemos llegado a la linde norte.

—¡Las viejas cameras, Tom!

—Estaba pensando en lo mismo. Son un escondrijo magnifico para que alguien pueda vivir escondido todo el tiempo que quiera.

Cuando salieron del bosque quedaron parados, mirando los abruptos y atormentados farallones de lo que, en tiempos remotos, fueran las canteras locales. Tenían cierta semejanza con un paisaje lunar.

—Hay infinidad de grietas y galerías subterráneas que se descubrieron al echar abajo la montaña. ¿Cómo podremos explorarlas nosotros solos?

Frank no podía apartar la mirada de aquel escenario siniestro

que abría tantas posibilidades a su búsqueda.

Hasta que cayó en la cuenta de que Tom no le había replicado y se volvió.

Dio un brinco al ver la rigidez de Ryder. Parecía una figura de piedra, plantado ahí, de espaldas a él.

—¡Eh, Tom...! ¿Qué diablos...?

Tom Ryder levantó un brazo. Su dedo señaló en una dirección y eran un dedo y un brazo que temblaban espasmódicamente.

Frank desvió la mirada y dio tal grito que resonó como el agrietado sonido de una trompeta asmática.

A primera vista, el cuerpo parecí» sostenerse en el aire, como pegado de espaldas contra el grueso tronco de un pino.

Sólo que no se sostenía por arte de ningún milagro.

Había sido ensartado en una rama que le atravesaba el pecho entrándole por la espalda. Estaba ensartado allí como un gran insecto.

—¡Por el cielo, Tom! —jadeó el comisario—. ¡Es Joe Carmody!

—¿Quién?

—Un chico del pueblo.

Se aproximaron al horrible despojo y quedaron mirándolo de cerca, sobrecogidos de espanto.

La rama era gruesa, tan gruesa como el brazo de un hombre musculoso y estaba astillada en la punta. Había producido enormes desgarros al atravesar el cuerpo del muchacho, y la sangre había empapado las ropas antes de encharcarse en el suelo.

Frank boqueó un par de veces antes de recuperar la voz.

—¿Te das cuenta de lo que significa esto, Tom?

—Seguro.

—Se necesita una fuerza monstruosa para arrojar un cuerpo humano contra la rama y atravesarlo... ¡Y a esa altura!

Ryder se volvió de espaldas al árbol. Encendió un cigarrillo para calmar sus alterados nervios y masculló:

—Por lo menos, sabemos que ese fenómeno se oculta por estos alrededores. El muchacho debió de tropezarse con él casi al alba... cuando nosotros ya estábamos en camino. No te muevas de donde estás, Frank. Veré si hay huellas.

La hojarasca estaba revuelta en torno al árbol. Moviéndose en círculos cada vez más amplios, Tom Ryder escrutó el suele pulgada a pulgada, hasta que al fin se quedó quieto, rígido.

—¡Aquí, Frank! —exclamó—. Mira esto.

El comisario corrió a su lado. Estupefacto, se quedó contemplando la huella impresa en una zona de tierra húmeda.

Parecía de un pie humano, pero de un tamaño que ningún hombre ha calzado jamás. Colocó su propia bota al lado, sin apretar el suelo. La huella casi doblaba las dimensiones de su pie.

Se miraron en silencio. Tom dijo al fin:

—Quizá sea un truco, Frank... Alguien calzado con unas botas destinadas a sembrar el terror y la confusión.

—No digas tonterías...

—Me resisto a creer en monstruos, Frank. ¡Maldita sea! Ojalá estuviese mis clara. Si hubiera dejado marcas de dedos sabríamos si es un truco o no, pero aquí sólo se adivinan los contornos de un pie.

—Ese era un pie descalzo, Tom. Fíjate bien.

—Ya lo sé... pero no lo creo. Ni siquiera un gorila tendría esa pezuña.

—¡Tiene la forma de un pie de hombre! —insistió Frank, estremeciéndose.

—Habrá que sacar moldes de ella, Frank. Y tratar de averiguar a qué cosa pertenece. O qué clase de truco emplearon para dejarla impresa tan profundamente.

El comisario sacudió la cabeza.

—Te repito que no creo que sea un truco. Hay que volver al pueblo y traer a alguien para llevarse el cadáver del muchacho. Y habría que custodiarlo, a él y a esa huella, hasta poder sacar el molde.

Tom le miró con el ceño fruncido.

—¿Lo echamos a suertes? —propuso con ironía.

—Es mi deber, Tom. Me quedaré yo. Tú regresa y tráete un equipo de gente y los útiles para el moldeado de esa huella. ¿De acuerdo?

—Prefiero quedarme yo, Frank.

—Olvídalo.

Tras una vacilación, Tom Ryder aceptó, disponiéndose a regresar al pueblo a toda prisa. Antes de que volviera a internarse en la espesura, Frank dijo:

—Sólo hazme un favor, muchacho... No tardes.

—Y tú, mantén los ojos bien abiertos, aunque al parecer ese fenómeno sólo ataca de noche.

Y desapareció engullido por la vegetación.

Junto con un extraño frío en los huesos, el comisario experimentó también una sensación de soledad, como si de repente se hubiera quedado solo en toda la Tierra...

CAPÍTULO V

Peggy era una madura muchacha de veinticinco años, repleta de encantos, de curvas suaves y que sin embargo mostraban la pujanza de su juventud.

Tenía senos agudos, cintura delicada y amplias caderas que ni las ropas de invierno lograban desdibujar. Sus piernas eran largas, finas, con la línea justa para que poseyeran ese *extraño* atractivo que muy raras veces adquieren las piernas de las mujeres.

Tom Ryder había visto sus encantos por última vez cinco años atrás, cuando ella atesoraba veinte. Desde entonces se había convertido en una mujer sin perder por ello el encanto sutil, intangible, de la adolescencia.

—Ahora que estás aquí —musitó Peggy—, temo que no sepa explicarle la razón por la que te pedí que vinieras.

—Tómate tiempo. De cualquier modo te agrade que me escribieras. Era el pretexto que necesitaba para tomarme unas vacaciones. Lo creas o no, desde que salí de aquí no había disfrutado ni de una semana de libertad.

—Debió sorprenderte recibir mi carta.

—Por supuesto, me sorprendió. Y sigo muy intrigado, porque yo mejor que nadie sé lo que debió costarte decidirte a pedirme que viniera.

Ella desvió la mirada. Estaba muy pálida, pero también muy bella.

—No sé por qué se me ocurrió que sólo tú… Bueno, pensé que si debía recurrir a alguien sólo podías ser tú…

El esperó arrancando humo del cigarrillo, mirándola como asombrado de que fuera tan hermosa.

Tras un prolongado silencio, Tom Ryder dijo:

—¿Y bien, Peg?

—Ya debes suponer que se trata de algo relacionado con esa pesadilla que se ha abatido sobre el pueblo.

—No supongo nada por el momento.

—Estoy asustada. Horriblemente asustada, Tom.

—Estás dando muchos rodeos, ¿no te parece?

Ella asintió. Aspiró aire, como disponiéndose a realizar un esfuerzo. Luego murmuró:

—Alguien me vigila, Tom.

El enarcó las cejas.

—¿Hablas en serio?

—Lo sé. Lo siento cada noche. Sé que está cerca de mí, de esta casa, vigilándome. Es algo que no podría explicar de modo coherente porque jamás he podido sorprenderle... Pero estoy convencida de que se trata de esa cosa... de ese monstruo que mata, viola y destroza...

—Veamos si consigo entenderlo. ¿Qué te hace creer que te vigila a ti? Que yo sepa, hasta ahora sólo ha atacado a quienes han sido sorprendidos fuera de sus casas a altas horas de la noche. Y tú no estás en ese caso, ya que dices que sientes que te vigilan «aquí», en tu casa... Además, tampoco me parece que puedas achacar a ese fenómeno sanguinario esa vigilancia, si nunca le viste.

—Ya te dije que es una cosa que ni yo misma logro explicarme. Se trata simplemente de una sensación, pero tan viva, tan inquietante, que me impide conciliar el sueño durante horas, como si unos ojos malignos estuvieran vigilando mi ventana, atravesándola con un poder diabólico. Yo sé que está fuera, en alguna parte, espiándome. Luego, en cualquier momento, de pronto, esa sensación desaparece, se esfuma. Entonces lo noto y puedo dormir en paz el resto de la noche.

Ryder refunfuñó algo entre dientes. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y levantándose dio unos pasos de un lado a otro de la reducida estancia.

Se detuvo junto a la ventana. Un cielo plomizo se extendía encima del pueblo, anunciando quizá las primeras nieves del invierno.

Sin volverse, masculló:

—Supongo que esta sensación empezó después de descubrirse el primer crimen del parque.

—No, Tom.

—Entonces, ¿cuándo?

—Antes.

Eso le hizo volverse en redondo.

—¿Quieres decir que sentiste esa vigilancia ames de que ese monstruo, o lo que demonios sea, diera su primer golpe?

—Así es. Por lo menos dos semanas antes, aunque entonces sólo fue una vaga inquietud. Ignoraba la existencia de ese terror ahí fuera.

—Ya veo... Supongamos que no estés equivocada, que experimentas realmente ese temor. ¿Qué esperas que haga yo?

—No lo sé. Ya te dije antes que ahora no me parece ni siquiera lógico haberte llamado. Y tampoco me parece lícito pedirte que hagas nada ni que corras riesgos, cuando todos los habitantes del pueblo no mueven un solo dedo para acabar con ese terror.

—Esta mañana, uno de los habitantes sí ha hecho algo. Ha tratado de seguir el rastro del asaltante.

—¿Quién?

—Joe Carmody,

—¿Ese muchacho?

—Ahora está muerto.

Peggy contuvo el aliento.

—¡Muerto...!—De un modo atroz. El comisario Longman y yo lo encontramos cuando intentábamos también encontrar algún rastro del monstruo, suponiendo que lo sea.

—Un muchacho tan joven... —musitó Peggy—. Y tú arriesgándote también... ¿Por qué lo hiciste?

—Frank me pidió que le echara una mano. Estamos casi seguros de que el tipo, sea lo que sea, se «conde en las cavernas dé las viejas canteras.

Peggy encendió un cigarrillo con dedos que temblaban. Miró de soslayo a Tom Ryder y murmuró:

—¿Piensas que soy una hipocondriaca?

—Hay quién realmente imagina enfermedades. Tú bien podrías imaginar que te vigilaban sin que fuera cierto.

—Nunca sufrí manías persecutorias, Tom.

El no replicó. Peggy levantó la mirada y se quedó viendo la sombría expresión de aquel rostro Que no. había olvidado jamás, en una mezcla de amor y de odio.

—No me crees —musitó.

—No se trata de que yo te crea o deje de creerte, Peg. Puedo creer que cuando se hace de noche te entre ese terror, que experimentes la sensación de que alguien te vigila desde el exterior de tu dormitorio. Pero no veo cómo puedo luchar contra una sensación tuya, contra algo que está dentro de ti.

—Si te quedases una noche... esta noche, Tom...

El la miró estupefacto.

—¿Aquí? —gruñó—. ¿En esta casa?

Ella asintió sin palabras.

—Olvídalo. Tu padre me pegaría un tiro. Como la mayoría de las gentes él sigue haciéndome responsable de la desaparición de Verena.

Una sombra pasó por el rostro de Peggy.

—Yo nunca creí que tuvieras culpa de que nos abandonara —dijo con voz que temblaba—. Ni lo creo ahora.

—Pero me odiaste como al demonio.

—Sí.

—Y sigues odiándome.

—Tal vez, no lo sé. Pero no tengo a quién recurrir, Tom. Mi padre, cuando llega la noche, cierra puertas y ventanas, las asegura una a una antes de acostarse. Y oiga lo que oiga, pase lo que pase fuera de estas paredes, no sale de la cama. Dos veces oímos los horribles gritos de las víctimas y no se movió.

—Entiendo.

—Por favor, Tom.

—Dame tiempo. Pensaré algo sin que tenga que desafiar a tu padre. Pero dudo que pueda librarte de tus temores, porque son algo que sólo existe dentro de ti.

—Podría estar segura de eso si te quedases aquí, conmigo, esta noche. Si a pesar de estar tú cerca sentía el mismo terror... Bueno, ya comprendes lo que quiero decir.

—¿Y si con mi presencia a tu lado esta noche no experimentas ese miedo, qué?

—¡Oh, Dios! Me sentiría libre.

—Gracias a que yo estaría a tu lado.

—Si.

—¿Y mañana noche?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando yo no estuviera aquí. ¿Volvería el terror?

Peg contuvo el aliento. El añadió con voz sorda:

—Yo no puedo quedarme a tu lado todas las noches.

—No, claro...

De pronto se sintió tan desamparada que casi se echó a llorar.

Ryder volvió junto a la ventana, Se sentía violento, desbordado porque algo que había estado aletargado en lo más profundo de su alma se agitaba ahora con violencia. Algo que le empujaba hacia esa mujer por la que había viajado mil millas.

La grisácea luz del día sumía la calle en una quietud melancólica. Las gentes pasaban apresuradas, arrebujadas en sus abrigos, como sombras fugaces. Se avecinaba la noche y nadie quería ser sorprendido por las tinieblas fuera de sus casas.

—¿En qué piensas? —susurró la muchacho.

—¿Dónde está tu padre ahora?

—En su oficina, naturalmente.

—¿Sabe que me llamaste?

—Si. Se lo dije.

—¿Y qué?

—Se puso furioso. Luego se desentendió del asunto. Tiene la habilidad de saber desentenderse de todo lo que le disgusta, de cualquier cosa que pueda turbar su espíritu. Se desentendió de Verena también...

El se volvió. En sus ojos oscuros parecía burbujear un fuego oculto.

Ella añadió:

—Para él, Verena está muerta desde el día que nos abandonó. No existe.

—Quizá sea cierto...

—¿Qué quieres decir?

—Olvídalo. He pensado mucho en todo aquello durante estos años, pero ahora no estoy aquí para hablar de ello, sino de tu problema.

—¿Vendrás esta noche? ¿Es eso lo que insinúas?

—De acuerdo, pero díselo a tu padre. Yo tampoco siento ninguna simpatía por él y no quisiera tener que saltarle los dientes de un guantazo.

—Gradas, Tom. A pesar de todo, siempre estuve segura de que podía confiar en ti.

—Tenías más confianza que yo mismo.

Ryder tomó su chaqueta de piel y empezó a ponérsela.

Ella murmuró:

—Ni siquiera me has dado tiempo a invitarte a beber algo. ¿Tienes que marcharte ahora?

—Quiero hablar con Frank antes de la noche. Estoy alojado en su casa.

Acompañado por ella se dirigió a la puerta. Antes de abrirla ella dijo en un susurro:

—Si se pudiera volver atrás en el tiempo, Tom...

—Sí, claro, sería muy cómodo, ¿no crees? Incluso Verena puede que estuviera aquí otra vez.

Abrió la puerta, dio una última mirada a la muchacha y saliendo se enfrentó al cortante viento helado que llegaba de las cumbres.

Peggy cerró la puerta poco a poco. No se sorprendió lo más mínimo cuando notó las lágrimas deslizarse por sus mejillas.

Sólo pensó que ya era demasiado tarde para llorar.

Quizá fuera demasiado tarde para todo.

CAPÍTULO VI

El viento había cesado y diminutos copos de nieve catan, perezosos, brillando en los círculos de luz de los faroles.

Tom Ryder caminaba apresurado por las desiertas calles con codos los sentidos alerta. Sólo escuchaba el silencio. Las casas cerradas, con las ventanas atrancadas, parecían hostiles.

Sus pasos resonaban, lúgubres, sobre las húmedas aceras en las que aún no cuajaba la nieve. Llevaba un pesado rifle cargado y sin seguro. En cierto modo, los temores casi supersticiosos de la gente habían hecho mella en su ánimo.

Se detuvo un instante en la esquina donde estaba la casa de Peggy. Parado en las sombras trató de ver algún movimiento, la presencia de cualquier extraño en las cercanías. Sólo descubrió la descorazonadora soledad que envolvía al pueblo.

Siguió adelante y llamó a la puerta. Instantáneamente la voz de Peggy exclamó desde el otro fado.

—¿Tom?

—Sí, abre.

Se deslizó dentro y la muchacha cerró con gestos apresurados. Quedaron mirándose larga, insistentemente.

—¿Dónde está él? —gruñó Ryder al fin.

—En su habitación. Se ha encerrado allí. No quiere verte.

—Es mejor así.

—¿Has cenado?

—Sí, en casa de Frank.

—He preparado café.

La siguió a la cocina. Ella llenó das tazas y fueron a instalarse en una pequeño salita. Ryder vio los postigos cerrados y casi sintió claustrofobia.

Tomaron el café en silencio, envueltos en una extraña tensión. Él había dejado el rifle apoyado contra el respaldo de una butaca y la muchacha lo señaló:

—¿Crees que te serviría de algo si ese engendro te atacara?

—Tiene que tratarse de algo de carne y huesos. Los proyectiles de este rifle son capaces de abatir a un oso, así que sea lo que sea ese tipo, lo partirán por la mitad si se me ofrece la ocasión de meterle uno en el cuerpo.

—¿Y si... no lo matan?

—Bueno, entonces habría que empezar a preocuparse de verdad. Pero no creeré nunca que se trate de un fantasma sanguinario, ni de un ser de otro mundo. Es un tipo grande y nada más.

Ella no replicó. En vano se esforzaba en creer eso, a confiar ella también en un simple rifle 30-30. Pero confiaba más en el hombre que en el arma.

Al cabo de unos instantes, él dijo:

—Ve a acostarte. Yo me quedaré aquí y veremos lo que pasa.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Y cómo sabrás si me ocurre lo mismo que todas las noches? ¿Cómo podré decirte que esa cosa ha vuelto otra vez?

—¿Quieres que permanezca en tu dormitorio?

Ella asintió. Ryder se limitó a encoger los hombros y sin una palabra la siguió hasta la habitación.

Miró en torno. Era un cuarto mediano, íntimo, en el que flotaba un suave aroma a mujer, a juventud. Contra su voluntad, él sintió un escalofrío cuando la muchacha se quedó parada ante él, mirándole con sus ojos grandes y luminosos.

Ryder gruñó:

—Esperemos que a tu padre no se le ocurra salir de su habitación.

—No saldrá. Ninguna noche sale.

—Las otras noches yo no estaba contigo.

—No te preocupes. ¿Qué hacemos ahora?

—¡Esta es una buena pregunta! ¿Qué imaginas? Tú te acostarás y yo me quedaré velando, así de sencillo.

—Pero...

—¡Maldita sea, Peg! No hagas las cosas más difíciles de lo que son. Puedo estar cerca de una mujer sin saltarle encima, aunque esté metida en la cama.

—No me refería a eso. Yo... Bueno, he de desvestirme.

Ryder soltó un bufido.

—Fuiste tú quien quiso que viniera, ¿recuerdas? De cualquier modo, me volveré de espaldas. O mejor, apaga la luz para que yo pueda abrir la ventana. A oscuras no podré distraerme contemplándote en tu *strip-tease*.

Ella pareció que iba a replicar, pero apretó los labios y de un manotazo apagó la luz.

Tom abandonó el rifle apoyado en la pared y con extremo cuidado abrió la ventana. Un soplo helado se coló por ella. Envuelto en tinieblas, asomó la cabeza, pasando la mirada por los alrededores. Sólo podía ver algo en torno a los faroles, donde seguían brillando los perezosos copos de nieve que danzaban en el aire una silenciosa danza de silencio.

Oyó el rumor de la muchacha tras él. Luego su voz:

—Estoy helándome, Tom…

—Ahora cierro. Todo está desierto ahí fuera…

Cerró, pero dejó los postigos abiertos para poder atisbar a través de los cristales.

Reinó el silencio durante unos minutos. Luego, ella musitó:

—Tom…

—¿Si?

—Debes odiarme tanto…

—Ahí te equivocas. Odiar a alguien es amargarse la vida uno mismo. Trata de dormir, ¿quieres? A ver qué pasa.

A tientas, aproximó una pequeña butaca y se hundió en ella. Le asaltaron unas ganas horribles de fumar, pero se abstuvo para no distraerla a ella. Quería que se durmiera para comprobar si incluso en pleno sueño aquella extraña inquietud aparecía de nuevo.

Sólo que ella dijo:

—No podré dormir, sabiendo que estás aquí.

—Eso es grande. No puedes dormir cuando estás sola porque tienes miedo. Y tampoco puedes dormir cuando estás acompañada. Trata de ser consecuente, por lo menos.

Hubo un largo silencio. Cuando Ryder volvió a mirar a la calle, la nieve había dejado de caer. Todo estaba quieto y silencioso, cual un pueblo muerto y abandonado.

Hasta que de nuevo Peggy musitó:

—¿Sigues acordándote de Verena, Tom?

—Por supuesto que la recuerdo. Como recuerdo a mucha gente de este pueblo que conocí entonces. También te he recordado a ti en todo este tiempo.

—Para detestarme.

—No. Y cierra el pico, ¿quieres?

La oyó rebullir entre las mantas y casi rechinó los dientes. Cada vez sentía más necesidad de fumar.

Resistió la tentación un poco más. Peggy murmuró algo con voz somnolienta. Ojalá se quedase dormida, pensó.

Y de pronto su voz sonó aguda, casi histérica:

—¡Tom! ¡Está ahí otra vez…! ¡Sé que está ahí!

El dio un brinco hacia la ventana. Pegado a los cristales intentó taladrar las tinieblas con su mirada alerta, pero no vio nada, ni el menor movimiento.

—Tranquilízate —murmuró—. No hay nadie ahí fuera…

—¡Sé que está ahí, Tom! Puedo sentirlo… es como si sus ojos pudieran verme…

El no se movió, tenso. La noche era oscura como el infierno y hasta las luces de los faroles parecían haber perdido parte de su brillo.

Entonces, mientras se esforzaba por mantener la mirada apartada de la luz, creyó descubrir un oscuro movimiento en la esquina, aquella misma esquina donde él se quedara parado al llegar.

Contuvo el aliento. ¿Sería posible...?

Lenta, cautelosamente, tendió la mano y atrapó el rifle. Tras él, Peggy murmuró;

—¡Oh. Dios, está ahí, Tom! ¡Te digo que está ahí...!

—¡Cállate!

—¿Puedes verlo?

—Sigue alborotando y despertarás a todo el vecindario. ¡Cállate!

Su voz sonó bronca, ruda y violenta. El movimiento en la esquina no se había repelido, pero ahora Ryder estaba casi convencido de que alguien estaba parado ahí, envuelto en la oscuridad.

—Abrígale. Voy a abrir —dijo en un susurro.

—¿Y si descubre la ventana abierta?

—¡Infiernos! Estamos en el piso, no en la planta baja. ¿Cómo va a llegar hasta aquí, volando?

Sin un ruido abrió los batientes y luego levantó el rifle sujetándolo suavemente entre las manos. Casi le dolían los ojos a fuerza de mantenerlos tan fijos en aquella esquina. Pero gracias a eso pudo captar la masa oscura que por un instante pareció romper la vertical de la fachada.

—¡Hay alguien, ciertamente! —musitó.

Peggy contuvo el aliento para no gritar.

Muy despacio se llevó el rifle a la cara.

—¡Vamos, muévete, hijo de perra! —rechinó entre dientes—, ¡Muévete sólo un poco, que yo pueda verte...!

Como si le hubiera oído, aquella enorme sombra informe se desgajó un poco más de la fachada, para quedar otra vez quieta. Luego empezó a moverse de nuevo.

Contuvo la respiración y empezó a tirar suavemente del galillo. Antes de que pudiera efectuar el primer disparo, en la esquina ya no habla nada.

—Es como si pudiera ver en la oscuridad —refunfuñó enfurecido —. Ese maldito...

—¿Y tú, puedes verle?

—Ahora no. Y antes sólo una sombra.

—¡Pero él está ahí, Tom!

—¿Aún experimentas ese temor?

—Más agudo que nunca.

Ryder titubeó. No estaba muy seguro de que ella no fuera víctima de la aterrorizada historia común a todo el pueblo. Sin embargo, alguien se había movido en la esquina, amparado por las sombras, y nadie del pueblo se aventuraba a salir a la calle.

Así que al fin se decidió. Cerró la ventana sin ningún ruido.

—Voy a salir —gruñó—. Si continúa en los alrededores, o más allá de la esquina, lo tumbaré patas arriba y luego veremos si es un ser humano o un fenómeno escapado de un circo.

Peggy dio un brinco en la cama. Sus pies descalzos apenas produjeron ruido al deslizarse sobre la alfombra en busca de unas chinelas.

—¡No, Tom, eso, no! —exclamó—. No permitiré que salgas ahora.

—¿Tienes otra idea mejor pura cazar a ese engendro?

Furioso, se dirigió a la puerta, dando grandes zancadas.

Sólo que no llegó hasta ella. Los brazos desnudos de Peggy le sujetaron con violencia a mitad de camino.

—¡No vayas, Tom! Ojalá no te hubiera hecho venir...

¿No comprendes que no podré seguir viviendo si por mi culpa le sucediera lo peor?

Con un vivo escalofrío, él advirtió contra su cuerpo el calor de la piel de la muchacha. Aspiró su aroma, mientras los brazos se cerraban en torno a su cuello sujetándole como un cepo.

—¡Por favor! —jadeó Peggy—. ¡Por favor, no salgas!

—¡Suéltame!

—¡No te dejaré que cometas esa locura!

—No le comprendo, Peg. ¿Cómo quieres terminar con todo esto si en el momento preciso...?

—¡Ya no está ahí, Tom...!

—¿Qué diablos quieres decir?

—Ya no siento esa sensación... ¡Se ha ido!

—Dices esto para evitar que salga, ¿no es cierto? Vamos, pequeña, no pretenderás hacerme creer que posees un radar en lugar de cerebro.

De pronto, ella empezó a sollozar. Apretó la cara contra la mejilla de él y Tom Ryder notó las lágrimas humedecerle la boca.

—¡No quiero que arriesgues tu vida! —sollozó la muchacha—. ¡Ojalá no te hubiera llamado!

—Pero ahora estoy aquí. Suéltame, Peg, si hay una oportunidad de cazar a ese demonio, es esta noche.

—¡No!

Ryder nunca supo cómo sucedió. De pronto se encontró estrujando los labios de Peggy en su boca y el beso le produjo la sensación de una descarga de alto voltaje. La muchacha se incrustó materialmente contra su cuerpo, mientras las manos quemaban aquella piel de seda, estremecida de temor y de deseo.

Instintivamente, abandonó el rifle apoyado contra la pared, al lado de la puerta, y abrazó a su ve? aquel cuerpo que temblaba.

Los duros pezones presionaban su torso. La oía de deseo crecía como una galerna y al envolverle hizo que olvidara la razón por la cual estaba en el dormitorio, en esa noche, en ese instante preciso y no en ningún otro.

Peggy jadeaba, excitada y entregada por completo a esa tormenta que agitaba las fibras más íntimas de su femineidad.

Ninguno de los dos advirtió cómo la puerca se abría muy despacio, con infinita cautela. Una mano se deslizó por la rendija apoderándose del rifle. Luego, la puerta acabó de abrirse y una voz como un trallazo ladró:

—¡Perra!

Se separaron, sobresaltados. Tom Ryder vio el cañón del 30-30 apuntándole al centro del pecho, empuñado por el padre de la muchacha.

Sabía muy bien que el rifle estaba sin seguro y listo para disparar. Sintió un violento escalofrío.

—Debí suponer que una rata como usted andaría espiando por detrás de las puertas —rechinó entre dientes.

—Nunca debiste volver, bastardo, pero ya que has vuelto, haré lo que debí haber hecho hace años. Pegarte un tiro.

Peggy recobró la voz.

—¡No, padre, deja ese rifle, por favor! ¿No te das cuenta de la locura que vas a cometer?

—¡Cállale, perra! Te entregas al hombre que fue la perdición de tu hermana. ¡Que te diga dónde está, a qué abismos de depravación debió llevarla, para que nunca más se supiera de ella!

—Supongo que es inútil decirle que está equivocado, que yo no tuve nada que ver con la desaparición de Verena...

—Eso ya lo dijiste entonces. Nadie te creyó y yo menos que nadie. Voy a matarte y le juro que después me sentiré mejor que en todos estos años.

Peggy dio un paso hacia su padre. La muchacha buscaba la resolución suficiente para arrancarle el arma de las manos.

Ryder exclamó:

—¡No te muevas, Peg! Está lo bastante loco como para disparar sobre ti.

—Lo haré si me obliga. ¡Una perra que deshonra a su padre no merece otra cosa!

Tratando de distraerle y ganar tiempo, Tom le espetó:

—Según usted, Verena también le deshonró.

—¡Una perra en celo como esta desgraciada! Y, tú has sido el instrumento que las ha corrompido a las dos, por eso quiero que mueras.

Le vieron tensar el dedo en el galillo.

En aquel instante se produjo un tremendo estrépito en alguna parte de la casa. Fue como un cañonazo, como si parte de las paredes se hundieran bajo el embate de un huracán.

Peggy no pudo contener un agudo grito. Ryder tensó todos los músculos, disponiéndose a saltar.

El padre de la muchacha dio un respingo y se volvió a medias hacia la puerta.

Justo entonces, Tom saltó sobre él. Descargó un feroz trallazo con la derecha que explotó en la quijada del hombre, tirándolo contra la pared. Pudo atrapar el rifle al vuelo y sin preocuparse más de lo que dejaba atrás, se lanzó fuera de la habitación.

Descendió las escaleras a saltos. En el vestíbulo se detuvo el tiempo suficiente de localizar la procedencia de los crujidos que seguían oyéndose. Venían de la cocina.

Corrió hacia ella con el rifle listo para abrir fuego.

Descargó un puntapié a la puerta. Esta se abrió con violencia, golpeando contra la pared.

Se quedó paralizado de estupor. La puerta exterior y su marco estaban arrancados de cuajo. Con ellos habían saltado algunos ladrillos y por el negro hueco vio agitarse una sombra monstruosa.

De modo instintivo tiró del gatillo. El potente estampido del rifle amenazó con echar abajo los restos de la cocina.

Hizo otro disparo casi sin darse cuenta, cuando ya aquella mole negra habla desaparecido más allá del oscuro boquete.

Luchó por serenarse y avanzó con cautela. Asomó la cabeza y trató de horadar las tinieblas que lo envolvían todo. No vio nada más que los arbustos más próximos del jardín, pero oyó el violento quebrarse de las ramas de los setos vecinos.

Salió empujado por un furor que nunca conociera. Otro cartucho encajó en la recámara y tan pronto llegó a la esquina del porche trasero disparó, guiándose por el ruido.

Se quedó quieto, escuchando. Oía los gritos histéricos de Peggy, y después el quebrarse de unas maderas al otro lado del jardín vecino.

En la casa se abrió una ventana y Peggy chilló:

—¡Tom…! ¿Me oyes? ¡Tom…!

—Estoy bien. Deja de alborotar.

Pero no era cierto. Sentía una sensación de náusea, de espanto, porque en sus retinas seguía fija la horrenda imagen que viera durante una fracción de segundo, allá, en la arrancada puerta de la cocina.

Retrocedió poco a poco. Cuando llegó a la casa, Peggy descendía las escaleras como si la persiguiera el demonio. Tan pronto le echó los brazos al cuello, fue a besarle y entonces vio los enormes destrozos causados por una fuerza descomunal y, con un agudo grito, se desmayó.

CAPÍTULO VII

Frank Longman dio otra mirada asombrada a la derruida puerta trasera y se rascó el cogote.

—Ahora quizá empieces a creer que no se trata de un hombre más o menos grande —refunfuñó, estremeciéndose.

Tom Ryder encendió un cigarrillo.

—Es algo más que eso —dijo con prevención.

—Así que le viste.

—Sólo una décima de segundo. En realidad, no estoy muy seguro de lo que vi, porque todo citaba a oscuras y yo me sentía tremendamente nervioso.

Hubo un silencio. El comisario se impacientaba.

—Bueno, suéltalo. ¿Cómo era?

—Grande. Más de dos metros, desde luego. Y una gran cabeza con ojos pequeños, como llamas.

—¿Y la cara, Tom?

—No lo sé muy bien. Una fealdad horrenda, si los nervios y el miedo no me jugaron una mala pasada. La nariz desaparecía entre una maraña de pelo, y la boca era un tajo torcido y oscuro. Pero aquellos ojos, Frank... aquellos ojos...

—¿Si?

—Eran terribles, llenos de odio, de fuego, de maldad, como si poseyeran el poder de la vida y de la muerte.

—No te comprendo muy bien, pero de cualquier modo eso me reafirma en mi teoría. No se trata de un ser humano.

Ryder se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Ni lo sabremos hasta que podamos cazarlo.

—Si le hubieses herido...

—Tampoco puedo saberlo. Fue todo demasiado rápido y me sobresalté de tal modo que tiré del gatillo instintivamente. Pero si lleva una de esas balas en el cuerpo te aseguro que no irá muy lejos, sea nombre o monstruo.

Frank miró con cautela hacia el interior de la casa. Soplaba un viento helado que arremolinaba los copos de nieve que volvían a caer, de modo que la puerta interior de la cocina estaba cerrada.

Habló con voz contenida cuando dijo:

—Hay otra cuestión, muchacho.

—Sí, ya sé.

—Hasta ahora, jamás había asaltado una casa. Nunca había atacado a nadie que no anduviera solo por *las* calles. *Y* justamente esta noche, viene y asalta la vivienda de Peggy, cuando tú estabas aquí.

—Ya he pensado en eso y no llego a ninguna conclusión, excepto que ese demonio vigila a Peg. Vine porque ella me llamó a causa de ese terror de cada noche, cuando presentía que la espiaban.

—¿Crees que realmente la persigue a ella?

Tom se encogió de hombros.

—Me parece que no tenemos más remedio que creerlo. Porque no me parece lógico pensar que a quien persigue es al viejo padre de la muchacha. Jonás Rubin es un saco de rencor, pero contra mí y sus hijas. ¿Por qué ese ser extraño habría de interesarse por él?

—No tengo respuesta para esta pregunta ni para ninguna otra —rezongó el comisario.

Miró hada los copos de nieve y la negra noche. Un silencio irreal, fantasmagórico, lo envolvía todo.

—Nadie asomó la nariz al oír los disparos —dijo de pronto, enfurecido—. Esta falta de solidaridad es lo que me empuja a dimitir de mi cargo, Tom. Aparte de la sensación de fracaso, naturalmente.

—No es alentador, desde luego. ¿Llamaste a la policía del estado?

—Por supuesto. Enviarán a alguien, aunque me advirtieron que andan escasos de personal. Espero que lleguen hoy o no respondo de mi cordura. Creo que podría volverme loco si se produjera otro asesinato.

—Tómalo con calma, estás haciendo lo que puedes. Y no puedes hacer mucho sin la colaboración de las gentes. Habría que explorar las grutas de esas canteras, pero eso no pueden hacerlo dos hombres solos. Hay que ir en grupos y explorar el mayor número a un tiempo. Esas grutas se comunican entre sí, de modo que ese engendro podría estar jugando al escondite con nosotros durante años, a menos de encerrarle todos los pasos simultáneamente.

—Lo intentaremos cuando lleguen los policías del estado.

—Entre tanto hay que decidir algo concreto respecto a Peg. En las condiciones en que ha quedado esta pared no puede arriesgarse a pasar la noche próxima aquí. Cualquiera podría entrar sin ninguna dificultad.

Frank sugirió:

—Ella podría venirse a mí casa. Hace buenas migas con Doris. El viejo Rubín podría alojarse en casa de algún amigo… sí es que tiene alguno —terminó con sarcasmo.

—La próxima noche quiero hacer una prueba, Frank.

—¿Qué prueba?

—Si Peg y su padre se van a cualquier otra casa, yo me quedaré

aquí solo. Haré que sujeten esa puerta de modo provisional y esperaré a ver qué pasa.

El comisario le observó asombrado.

—¿Hablas en serio?

—Seguro que si. No es una idea muy brillante, y maldito si me seduce ser yo el autor de ella, pero si no ocurre nada, si ese engendro no aparece y en cambio es visto en otro lugar, podremos respirar tranquilos en lo que a Peggy concierne. Tal vez asaltó esta casa por casualidad, como hubiera podido atacar oirá cualquiera. Pero si repite su ataque, Frank, entonces ya no cabrá ninguna duda de que es a Peggy a quien quiere atrapar.

—Y te atrapará a ti. ¿Has pensado en eso?

—Va a costarle un poco mientras yo tenga el rifle en las manos. La próxima vez te aseguro que apuntaré con mucho cuidado.

—Hagámoslo de otro modo, Tom.

—¿Cómo?

—Nos quedamos los dos.

—Olvídalo. Habrá dos mujeres en tu casa. Y hemos de considerar la posibilidad de que ese ser posea realmente una percepción sobrehumana, así que bien pudiera captar el paradero de Peg. En ese caso serias tú quien habría de afinar la puntería.

—Ya veo. Y no sabes cuánto me alegra que vinieras a tus viejos lares. Tom.

—Ya sabes la razón. De no haberme llamado Peg no creo que hubiera vuelto nunca más. Todo el mundo me achacó la desaparición de Verena y quien más quien menos me mira de reojo, preguntándose quién será mi próxima víctima.

—Yo, no, muchacho. Ni Doris. Ni muchos que tienen la cabeza bien sentada.

—De todos modos no hubiera vuelto espontáneamente, de eso si estoy seguro.

—Debe irte muy bien en Los Angeles, ¿eh?

—Bueno, en cinco años, un hombre perdido en una ciudad como Los Angeles, o triunfa o se hunde hasta el infierno. Yo no me hundí, incluso he dejado atrás a algunos detectives privados establecidos mucho antes que yo.

Frank no lo dudó ni un instante. Siempre había sentido una gran fe por ese hombre que sólo unos años antes se convirtiera poco menos que en el malo del lugar.

—Me alegro por ti. Y ahora será mejor que empecemos a movernos. Está a punto de amanecer.

El de ese día fue un amanecer gris, plomizo y triste como un sudario. Quizá como un anticipo de lo que sería el resto del día... y la próxima noche.

CAPÍTULO VIII

La nieve seguía cayendo» mucho más densa que en las primeras horas del alba. Una fina capa empezaba a cuajar en las calles, y los árboles del bosque estaban cubriéndose de un blanco sudario que antes de la noche les cambiaría el oscuro verde por una blancura inmaculada.

Un par de carpinteros se afanaban para colocar de nuevo la puerta de la cocina. En la casa no quedaba más que Tom Ryder, vigilando el trabajo y oyendo los espantados comentarios de aquellos operarios cuyo asombro no tenía límites.

—Si dejaran de hablar acabarían mucho antes —rezongó Ryder, fastidiado.

—¿Es que no le parece como para que se le pongan a uno los pelos de punta? Esto parece derribado por un tanque, y según usted fue sólo ese monstruo con sus zarpas desnudas.

—No sabemos con qué golpeó. Y no me parece que ustedes sientan tanta curiosidad como para salir de noche y averiguarlo.

Le miraron de mala manera, quizá avergonzados. A nadie le gusta que le echen en cara su cobardía, pero Ryder no estaba de humor para sutilezas.

Callaron durante un buen rato. Luego, cuando estaban instalando la nueva cerradura, un hombre alto, delgado, cubierto con un abrigo de cuello de piel, llegó a grandes zancadas.

El sombrero impermeable ocultaba en parte sus facciones, de modo que Toni no le reconoció hasta que estuvo frente a él, a menos de dos pasos de distancia.

El recién llegado barbotó:

—No podía creer que hubieras tenido la desfachatez de volver, Ryder.

—Hola, Doyle.

—Cuando me lo dijeron debí suponer que para un canalla depravado como tú no había nada sagrado, ni el recuerdo de Verena, ni el desprecio que todo el pueblo siente por ti.

—¿Te duelen las muelas?

—¿Qué?

—Quiero decir que estás pidiendo a gritos que te las salte.

Los carpinteros habían olvidado su tarea y esperaban. Una buena pelea siempre distrae el aburrimiento del trabajo.

Abbie Doyle soltó un bufido.

—No has cambiado en eso tampoco —rechinó con creciente cólera—, sigues siendo el bravucón pendenciero de siempre.

—Y tú el estúpido hazmerreír de aquel tiempo. No has cambiado en absoluto. ¿Qué es lo que buscas en realidad, Doyle, un buen puñetazo en la nariz?

—Una explicación. Quizá ahora puedas decir en voz alta lo que hiciste con Verena. ¿La violaste? Porque ella no hubiera accedido jamás a tus sucios instintos... era una muchacha honesta.

Tom Ryder le contempló con una mueca burlona. Esa era una buena afirmación, sobre todo teniendo en cuenta que la propia Verena fue quien le arrastró hasta la cama casi a punta de pistola.

—Sigues siendo un infeliz, Doyle. Mira, lárgate y déjame en paz. Tengo trabajo.

—Sí, ya he oído hablar también de tu trabajo. Pretendes hacer de héroe para que la gente deje de pensar en ti como un canalla.

—Te la vas a ganar.

—Pero a mí no podrás engaitarme, Ryder. Yo sé la clase de bastardo que eres.

—Seguro, seguro. Y ahora, largo de aquí.

—Primero robaste el honor de una mujer de esta casa. ¿Te has quedado ahora con todo lo demás, con Peggy, con el viejo, con la casa?

El puño derecho de Tom Ryder subió como un cohete. Se oyó un sonoro crujido cuando estalló en el mentón del provocador individuo y luego Doyle salió volando para aterrizar de bruces en un parterre de arbustos recortados. Las agudas ramas hicieron un buen trabajo de zapa en su cara.

Los carpinteros estaban encantados, viendo levantarse al vociferante Doyle con la cara sangrando.

Ryder gruñó:

—Mejor lárgate si no quieres que te estropee un poco más.

—¡Te mataré, hijo de perra!

—Eso te costará un poco, a menos que me ataques por la espalda con una ametralladora. Y ahora que se me ocurre, Abbie, hace cinco años le dijiste lo mismo a Bud Matson si no recuerdo mal. Y Matson desapareció casi al mismo tiempo que yo abandonaba este poblacho.

—Huyó de mí. Nunca más volvió ni se supo nada de él.

—Lo mismo que Verena.

—¿Qué infiernos insinúas?

—Me limito a constatar un hecho, querido amigo. Verena desapareció de pronto, haciendo que toda la estúpida gente de este agujero me señalara con el dedo. Yo me marché y Bud Matson se hizo humo, así que teniendo en cuenta que él era el novio más o menos

formal de la muchacha, y que tú estabas loco por ella, es como para empezar a preocuparse.

Abbie Doyle estaba rojo, pero el color se esfumó rápidamente de su cara hasta dejarla tan blanca como la cal.

—¿Que sucia calumnia estás urdiendo? —barbotó

—Sólo reflexiono en voz alta. Tú amenazaste a Matson de muerte, y Matson desapareció. Nunca más se supo de él. Estabas loco por Verena y ella nunca te hizo el menor caso. Y Verena se desvaneció en el aire como si jamás hubiera existido. ¡Cuernos, Doyle! No se me había ocurrido hasta ahora, pero si uno empieza a darle vueltas al tema…

Dejó la frase sin terminar. Ahora, los carpinteros escuchaban con los oídos muy abiertos. Eso era más excitante que una pelea a puñetazos.

La mirada de Doyle parecía haberse incendiado en una llama de odio infinito. Incluso Ryder se impresionó ante aquellos ojos que de repente delataban algo sombrío, algo que empezaba a tomar forma en su comprensión.

Doyle bisbiseó con una voz como un chirrido:

—Esto lo pagarás caro, Ryder. Te juro que lamentarás haber regresado y haberme provocado de este modo.

—Estás loco. Algo se estropeó en tu sesera y nunca quisiste admitirlo pero ahora me doy cuenta. Tu chifladura por ese laboratorio de pacotilla que tenías debió influir en ello… o quizá siempre fuiste así, cualquiera sabe.

Todo el delgado cuerpo de Doyle se estremecía de cólera mal contenida. Pero a pesar de su furor comprendía muy bien que en una pelea con Ryder éste podría hacerle pedazos si se lo proponía.

Luchó por controlarse y al fin dijo:

—Vas a pagar por lo que has dicho, y lo pagarás de tal modo que te pondría los pelos de punta sólo imaginarlo.

Dio media vuelta y se alejó casi corriendo.

Uno de los carpinteros dijo con un suspiro:

—Si yo fuera usted, amigo, empezaría a preocuparme. Ese tipo hablaba en serio.

—Me preocuparé en su momento. Ahora, terminemos este condenado trabajo, si les parece.

—Eso está casi hecho, pero créame, tenga cuidado. No es usted sólo quien piensa que Doyle no está bien de la azotea… aunque nadie se había atrevido a restregárselo por las narices hasta ahora.

Y volvieron a su tarea.

Realmente, Tom Ryder empezaba a preocuparse, pero no por las amenazas, sino por otras sombrías ideas que estaban cobrando vida en su mente.

CAPÍTULO IX

A las once y media de la noche, Tom Ryder llamó a Frank por teléfono. La voz del comisario resonó tensa por el auricular.

—¿Eres tú, Tom?

—Seguro. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Tranquilas.

—¿Y Peg?

—Junto a Doris. Más nerviosa que un gato, pero lo resiste bien. Y a ti, ¿cómo te va?

—Helado, porque tengo la puerta abierta para poder salir sin ruido si veo algo sospechoso.

—Ándate con tiento, muchacho. Igual que tú puedes salir sin ruido, ese engendro puede entrar del mismo modo.

—A menos que me quede dormido, va a costarle un poco. Llámame si ocurre algo sospechoso en tus proximidades.

—Lo mismo te digo... ¡Eh! Espera un momento, Peggy quiere hablarte.

—De acuerdo, Frank. Y cuídalas bien. A las dos.

La voz de Peggy reemplazó a la del comisario. Sonó inquieta y preocupada.

—¿Tom?

—Hola, Peg.

—¿Sigo pensando que cometes una locura. Tú solo en la casa, a oscuras y con la puerta abierta...

—¿Estuviste escuchando, linda?

—Oí a Frank.

—Bueno, tómalo con calma. Nadie pasará esta puerta sin recibir un pedazo de plomo donde más le duela.

—Eso no me tranquiliza en absoluto. Frank no está convencido de que pueda acabarse con ese monstruo a balazos.

—Dile que está chiflado. Buenas noches, Peg.

—Tom...

—¿Si?

Hubo un corto silencio. Luego, la voz de la muchacha murmuró:

—Nada. Cuídate.

Y colgó.

El hizo lo mismo. Moviéndose en la oscuridad, envuelto en un abrigo de piel y con el rifle en las manos, Ryder se acercó al quicio del

portal abierto de par en par.

Atisbó a través de la nevada. La calle era una sábana blanca, inmaculada, sin una huella. Los copos de nieve reflejaban las luces de los faroles creando extrañas formas danzantes, curiosas aureolas de luz más allá de las cuales podía ocultarse la muerte.

Retrocedió y con cautela fue a comprobar que la flamante puerta de la cocina estuviera bien asegurada. Luego subió a los dormitorios, sumidos también en tinieblas excepto el de Peggy, cuya luz dejara encendida.

Todo estaba bien cerrado.

Bajó de nuevo a la planta. El aire helado se colaba por la puerta abierta arremolinando copos de nieve en el umbral. Se estremeció y siguió esperando.

* * *

Doris sirvió más café y comentó:

—Deberíamos acostarnos ya, Peggy. Se supone que Frank es aquí el centinela, no nosotras.

—No podría pegar un ojo, pero tú puedes irte a la cama, querida. Yo prefiero quedarme aquí.

—Bueno, me parece que yo tampoco podría dormir.

Frank las miró con el ceño fruncido. Hundido en una butaca, le parecía una situación absurda, casi ridícula. El, todo un comisario, con su experiencia, velando para que nada les sucediera a dos mujeres encantadoras, sentado en la sala de su propia casa, con un pesado rifle apoyado en la butaca, a su lado y estremeciéndose cada vez que pensaba en aquel poder de las tinieblas que aparecía como una sombra, mataba y ultrajaba, asesinaba del modo más salvaje que una mente pervertida pudiera concebir.

No tenía sentido. Si por lo menos hubieran llegado los policías del estado las cosas tendrían otro cariz. Podrían patrullar las calles y dar caza al monstruo si éste intentaba atacar de nuevo.

Entonces sonó el teléfono. Frank lo descolgó de un zarpazo, sobresaltado.

—¿Tom? —gruñó—. ¿Qué pasa ahora?

No fue la *voz* de Ryder la que llegó un tanto vacilante.

—Soy el doctor Correll, comisario.

—Oh, bueno, ¿qué ocurre, doctor?

—Acaban de llamarme de la granja de los Steever, hace unos minutos. La señora Steever está a punto de dar a luz.

—Ya veo.

—Las cosas se presentan difíciles para ella y debo salir ahora

mismo, pero ya sabe cómo están las cosas. Pensé que quizá pudiera usted acompañarme en su coche, Frank.

Este dio un vistazo a las dos mujeres.

—Escuche, doctor. Hemos tendido una trampa al asesino. No puedo salir de aquí sin echarlo todo a perder. Además, la trampa podría cerrarse sobre mi mujer y sobre Peggy Rubin si las abandonaba ahora.

Las dos mujeres dieron un respingo. El doctor se mantuvo callado unos segundos. Luego murmuró:

—Comprendo, Frank. Iré solo y le aseguro que conduciré a tal velocidad que no podrá alcanzarme ni un rayo.

—Oiga, doctor, ¿está seguro que no podría esperar hasta el amanecer?

—Yo sí, pero la señora Steever no. Gracias de cualquier modo.

Sonó un chasquido y Frank quedóse con el auricular mudo en la mano. Sentía una dolorosa zozobra en su interior.

Doris susurró:

—¿Qué pasa, querido?

—El doctor tiene que acudir a la granja de los Steever.

—¡Dios bendito! ¿Y va a ir él solo?

—No puedo acompañarle y tú lo sabes.

—Pero...

—¿Quieres quedarte sola? —le espetó, irritado.

—Nosotras estamos a cubierto, Frank.

—Eso no sirve de mucho en caso de que ese demonio decida atacar. Ya viste lo que hizo con la puerta de casa de Peggy. Además, hasta ahora no ha intentado nunca atacar a nadie que viajara en coche.

Las dos muchachas cambiaron una ajustada mirada.

Ninguno de los tres dijo una palabra más. El miedo es contagioso como la peste.

* * *

El doctor Correll entró en el garaje, abrió las puertas y casi saltó dentro del coche. El motor petardeó un par de veces antes de ponerse en marcha. Salió del garaje y ni siquiera se entretuvo en volver a cerrar las puertas. Aceleró y los faros se abrieron paso entre la oscuridad y la nieve.

El suelo chirriaba bajo los neumáticos, resbaladizo e inseguro. En esos momentos, el doctor Correll hubiera deseado tener cualquier otro trabajo que le permitiera quedarse en casa, confortablemente envuelto en las mantas.

Aceleró un poco en la muerta calle, pero al doblar una esquina el coche patinó de mala manera y hubo de reducir de nuevo la velocidad. Intentaba ver más allá del halo de los faros, penetrar en las tinieblas, en un vano intento de tranquilizarse y darse seguridad a sí mismo. Sólo pensar en el fenómeno que había sembrado la muerte y el temor en toda una comunidad lo ponía enfermo, porque él mejor que nadie sabía lo que habían sufrido las víctimas.

No vio una sola luz en ninguna casa. Diríase un pueblo muerto y abandonado hasta por los espíritus de sus moradores.

Luego, al entrar en otra calle para buscar la salida del pueblo, vio una ventana iluminada y casi frenó, asombrado de que hubiera alguien que diera señales de vida.

Sólo que entonces cayó en la cuenta de que aquella era la casa de los Rubin y dio un respingo.

La trampa de que hablara el comisario. Quizá esa luz formara parte de ella.

Al pasar delante de la fachada sufrió otro sobresalto, porque la puerta estaba abierta de par en par, una negra boca en una pared fría y triste.

No lo entendía, y estuvo seguro de no querer entenderlo tampoco. Sacudió la cabeza, disgustado consigo mismo.

Entonces vio la masa oscura en movimiento y estuvo a punto de perder el control del volante. Era apenas una silueta grande en la esquina, deslizándose pegada a las fachadas. No supo siquiera cómo eran sus contornos, aunque se le antojaron los de un ser que superaba los dos metros de estatura, corpulento y con una cabeza enmarañada a juzgar por su difuso contorno.

Absorto y asombrado, descuidó el control del coche y éste dio un bandazo. Le pareció oír una suerte de quejido sordo, una voz bronca y profunda procedente del aparecido. Hubiera deseado tener valor para girar el volante y enfocarlo con las luces, pero en lugar de eso aceleró y salió zumbando, las ruedas patinando y chirriando en la nieve y el coche balanceándose de un lado a otro de la calle.

Un médico no estaba obligado a ser un héroe de película.

Este pensamiento le confortó, en parte, y con aquella negra imagen en las retinas enfiló el camino de la granja de los Steever pensando que en ella habría un teléfono.

* * *

Tom Ryder vio pasar el coche del médico. No supo a quién pertenecía, naturalmente, y se asombró de que hubiera alguien fuera de su casa a esas horas de la noche, con el terror planeando sobre el

pueblo.

Vio la atolondrada manera de conducir del ocupante del vehículo y esperó verlo estrellarse contra una casa.

—Un borracho —rezongó entre dientes—. Sólo así ha podido tener el valor de salir.

El coche aceleró brutalmente y desapareció, patinando peligrosamente.

Lo olvidó para volver su atención a la calle. Sentía el frío hasta en los huesos, pero ese hielo en su interior se agudizó hasta el agarrotamiento cuando descubrió el oscuro movimiento al otro lado, cerca de la esquina.

Ahí estaba.

Después de todo, el monstruo había acudido a su extraña cita de todas las noches.

Levantó el rifle. Tenía las manos entumecidas por el frío, a pesar de llevar guantes.

Vio la enorme mole despegarse de la casa y avanzar hasta el borde de la acera, donde se detuvo. Ryder levantó el 30— 30, temblándole las manos de excitación.

El intruso tenía la cabeza levantada mirando hacia la iluminada ventana del dormitorio de Peggy. Tom Ryder hubiera querido saber por qué, de entre todas las mujeres del pueblo, aquel engendro del mal había elegido a la hermosa muchacha.

Apoyó la culata en el hombro, afianzándola porque esta vez quería asegurar el tiro.

Apuntó, el dedo tenso en el gatillo y el corazón golpeándole las costillas como un martillo pilón.

Justo en aquel instante se oyó un crujido, el ruido de pies en la nieve, más allá de aquella esquina fatídica, y el enorme asaltante giró dejando escapar una especie de grito de ira, una exclamación que Ryder no pudo entender.

Lo vio un instante cuando saltaba hacia la pared, saliendo de su campo de tiro. Hubo desaparecido tan rápidamente que Tom casi estuvo seguro de que se habla esfumado en el aire.

Salió a la acera, protegido por el estrecho porche, y escuchó.

Primero oyó un grito agudo. Una voz de hombre. Después, una sucesión de broncos gruñidos, y más gritos, y al fin un espeluznante estampido, como si algo se hubiera estrellado contra el suelo desde una gran altura.

Para entonces ya estaba atravesando la calle a saltos. Desde la esquina vio un movimiento y disparó sin siquiera levantar el rifle. Repitió el disparo de modo instintivo, pero ya no hubo nadie contra quien disparar.

A corta distancia la nieve estaba pisoteada y sucia. Había un

bulto junto a la fachada, y cuando se aproximó vio los churretones en los ladrillos, y el raudal de sangre que había convertido en roja la blanca nieve.

El cuerpo del hombre estaba desmadejado en la acera, y carecía prácticamente de cabeza. Ryder dio un vistazo a lo que estaba aplastado contra la pared, y luego otro al hombre. Sin ninguna duda, su cabeza eran aquellos churretones nauseabundos que se deslizaban aún por los ladrillos.

Retrocedió espantado. Sólo imaginar la tremenda fuerza necesaria para voltear un cuerpo humano y estrellarlo de cabeza contra la pared le ponía los pelos de punta.

Sus pies tropezaron con algo sólido, metálico, que yacía en la acera. Inclinándose se quedó mirando el rifle equipado con mira telescópica como si viera una serpiente.

De modo que alguien más había salido de caza.

Lo levantó, regresando a la casa. Al llegar estaba sonando el teléfono y supuso que sería Frank, aunque no podía haber oído los disparos desde su casa.

Descolgó el auricular y gritó:

—Sí, dime.

—Soy el doctor Correll. ¿Con quién hablo?

—Tom Ryder.

—Oh, usted. Bueno, vi algo moviéndose cerca de esa casa cuando pasé con el coche. He querido advertirle, aunque yo pensé que estarían aquí los Rubin.

—Pasan la noche en otras casas. ¿Qué es lo que usted vio, doctor?

—Una figura enorme y corpulenta. Se movía con mucha cautela, en la esquina de la casa de enfrente. Por cierto, ¿por qué tenía usted la puerta abierta, Ryder?

—Habíamos tendido una trampa, sólo que falló en el último segundo. A propósito, doctor, tiene otro cadáver esperándole.

—¿Otra chica?

—Un hombre sin cabeza.

—¿Qué?

—Ya lo oyó.

Colgó, disgustado y furioso. Volvió a tomar el auricular y llamó a Frank. No perdió tiempo con detalles, sino que le contó los hechos escuetos y luego se quedó esperando hasta que el comisario apareció en la puerta.

—¿Cómo es el tipo muerto, Tom?

—No lo sé. Vi que vestía desastradamente y que utilizaba un rifle excelente, eso es todo.

Caminaron hacia donde yacía el cadáver, bajo el porche donde

había muerto con la cabeza estrellada contra el muro.

Frank Longman contuvo el aliento al ver los churretones de la pared. Apartó la mirada y gruñó:

—Me parece que sé de quién se trata. Esa pellica vieja y sucia sólo puede haber pertenecido a Clive Berry.

—¿Berry?

—No le conocías. Llegó aquí después de tu marcha. Era un vagabundo holgazán y bueno para nada. Su vida transcurría en las tabernas.

—Un tipejo de esta clase no podría poseer un rifle como éste. Es un arma de precisión y mira telescópica. Échale un vistazo.

El comisario tomó el rifle. Silbó entre dientes, asombrado.

—Tienes razón. Ese rifle vale un buen puñado de dinero.

—Me gustaría saber por qué estaba en la calle. No creo que un tipo como el que describes se sintiera lo bastante héroe como para salir a cazar al monstruo.

—Eso puedes jurarlo. Lo investigaré.

Con dedos entumecidos por el frío, Tom Ryder encendió

un cigarrillo y quedóse viendo caer la nieve, espesa, densa y silenciosa. No se oía el menor sonido en todo el pueblo.

Tras él, Frank masculló:

—No ha salido nadie, a pesar de tus disparos y del alboroto. ¿Te das cuenta?

—No es alentador.

—¡Es indignante! El miedo les convierte en comadrejas. Esperan que otros les resuelvan el problema sin arriesgar nada por su parte.

—Deja de pensar en eso. ¿Cómo está Peg?

—Muy nerviosa, pero bien. Ni ella ni Doris han querido acostarse. Aún se inquietará más cuando sepa que ese bastardo gigante ha vuelto a merodear su casa.

—Será mejor que se quede Unos días con tu mujer.

—Claro, pero ¿y el Viejo?

—¡Al infierno con él! No pienso mover un dedo por Rubin.

Frank no replicó. Comprendía perfectamente los sentimientos de su amigo y decidió callar.

—El doctor Correll salió para atender una de sus pacientes —dijo pensativo—. Habrá que esperar a que vuelva para quitar a ese desgraciado de aquí.

—¿Cómo sabes que se fue?

—Me habló por teléfono. Quería que le acompañara.

Tom asintió.

—Entiendo. También me llamó a mí tan pronto llegó a la casa de ese paciente. Dijo que había visto una gran sombra en la esquina, vigilando la casa de los Rubin. Quiso prevenirles.

—Estoy helándome, Tom. Mejor será que esperemos al médico dentro de la casa. Es seguro que a ese pobre tipo no le molestará nadie durante la noche.

—Tú deberías volver al lado de las mujeres.

—Iré dentro de un rato. Ahora es casi seguro que ese engendro ha regresado a su cubil, satisfecha su sed de sangre. Entraron en casa de los Rubin, con todo a oscuras. Sólo que esta vez Ryder cerró la puerta y ambos fueron a la helada cocina donde él preparó café.

Lo tomaron allí mismo, cargado y caliente, sin hablar, ambos absortos en sus sombrías ideas.

Luego, Frank Longman gruñó:

—Me intriga la presencia de ese buscavidas ahí fuera, a semejantes horas y armado con ese rifle.

Tom dio un vistazo a la poderosa arma apoyada en la pared.

—Seguirle la pista a ese «Remington» no puede ofrecer muchas dificultades, digo yo

—Depende de la ciudad donde fuera vendido. Me lo llevaré conmigo y por la mañana veré qué puedo conseguir. No te duermas, muchacho.

Y se largó, preocupado y nervioso.

Tom cerró de nuevo y fue a apostarse junto a una ventana. Las ideas que danzaban en su cabeza no eran como para hacer feliz a nadie.

CAPÍTULO X

A las ocho de la mañana, el comisario entró en su casa con rostro preocupado y sombrío.

Las dos mujeres y Tom Ryder se volvieron, expectantes.

—Era Berry, sin duda —anunció—. El doctor está ahora con el cadáver. Le vieron salir de una taberna apenas media hora antes de su muerte y eso es todo lo que sabemos de momento. ¿Hay algo de café para un comisario helado?

—Seguro, querido, siéntate.

Tom gruñó:

—¿Y el rifle?

—No fue comprado en ninguno de los almacenes locales. He pedido informes por telégrafo a las policías de las ciudades próximas, y a la capital. El número de registro lo aclarará todo, aunque opino que ese desastre de Berry lo robó en alguna parte.

—¿Para qué?

—¿Qué diablos quieres decir?

—Piénsalo. Si robó el rifle, lo hizo con una idea concreta. Estaba en la calle de noche, como si hubiera salido a cazar al monstruo, sólo que un tipo degenerado y embrutecido no se siente héroe de la noche a la mañana. Entonces, ¿a dónde se dirigía, armado con un rifle de precisión?

—Ya veo. O sea, que opinas que no robó el arma.

—No lo creo.

Peggy apenas podía apartar la mirada de Tom Ryder. Trataba de explicarse el tumulto de sentimientos que la turbaban, inquietándola, y no llegaba a ninguna parte. Sólo una cosa estaba meridianamente clara, y era que a cada segundo que pasaba se sentía más atraída por él, le deseaba como jamás en su vida deseara a hombre alguno, con un fuego lento y voraz que culebreaba por sus nervios, por su sangre, por todo su cuerpo estremecido con el recuerdo del terrible beso que estallara en su dormitorio como una explosión de los sentidos.

Doris regresó con nuevas tazas de café para todos. Trajo también tostadas y crema y durante unos instantes cada uno permaneció en silencio, saboreando el frugal desayuno.

Luego, fue Peggy quien murmuró, como si hablara consigo misma:

—Ahora ya no cabe duda de que ese demonio me persigue a mi.

Había dicho en voz alta lo que en los demás era tan sólo un inquietante pensamiento.

—Eso parece —dijo Frank.

—Y seguirá matando mientras me espía.

—Y lo continuará haciendo después. No sabemos la clase de monstruo con que hemos de enfrentarnos, lo único claro es que tiene una insaciable sed de sangre, de muerte...

—Eso no es seguro —susurró la muchacha—. Quizá se diera por satisfecho conmigo, cualquiera sabe.

Ryder la observó con el ceño fruncido.

—¿Por qué no sales, te entregas a él y así salimos de dudas? —estalló desabridamente—. No seas tonta, linda. Ese fulano es una bestia sanguinaria, nada más que eso.

Nadie replicó, de modo que las dos mujeres recogieron el servicio del desayuno y les dejaron solos.

Tom dijo:

—He visto que tienes un taller ahí detrás.

—En el garaje.

—Tú tienes duda respecto a que una bala puede acabar con ese fenómeno, Frank. ¿No es cierto?

—Ya puedes jurarlo.

—Bueno, las balas pueden prepararse para que hagan algo más que un agujero. Lo pensé anoche y voy a probar de hacerlo ahora. Opino que esta situación ha durado demasiado.

—¿De qué estás hablando?

—De balas especiales. Balas de revólver son suficiente para lo que quiero probar.

—Maldito se te entiendo, pero ahí tienes mi cinto canana. Toma lasque necesites.

—Habrás de prestarme un revólver también. No traje el mío cuando vine.

—Conforme. Espero que sepas lo que estás haciendo.

Le entregó un pesado «45» y un puñado de proyectiles, le dejó instalado en el garaje y él se encaminó de regreso a su oficina.

Ames de llegar a ella vio el coche negro estacionado delante de la puerta abierta. Un auto equipado con cadenas para la nieve, que había dejado de caer cuando amaneció.

Frank vio al hombre delgado sentado en una esquina de su propia mesa de trabajo. Era un individuo cetrino, de ojos astutos, grandes manos muy pálidas y gestos reposados.

—¿Es usted el comisario Longman? —le espetó.

—Seguro. Y ésa es mi mesa, si no le importa.

—Oh, no sea usted quisquilloso. Soy el teniente Prescott, de la policía estatal.

—¡Caramba, me alegro mucho de que esté aquí! ¿Dónde están sus hombres, teniente?

—¿Qué hombres?

Frank casi se cayó de espaldas.

—¿Ha venido usted solo? —balbuceó.

—Manualmente. Nos falta personal. ¿Qué es todo este asunto de una especie de fantasma, comisario?

—Siéntese —murmuró Frank, desalentado—. Creo que me excedí en mis esperanzas al pedirles ayuda.

—Vamos, vamos, cuénteme. ¿De qué se trata?

—De un matarife gigantesco.

—¿Un gigante? Oiga, ¿qué ha bebido usted para el desayuno, amigo?

Por toda respuesta, Longman abrió un cajón de la mesa y extrajo una colección de fotografías en color.

—Examine eso, teniente. Quizá después pierda su sentido del humor. Convénzase de que ningún hombre normal podría causar esos destrozos, esos desgarros, ni matar del modo que lo hace ese engendro del infierno.

El teniente se inclinó sobre las fotografías, Su rostro perdió el color a medida que las iba examinando una a una.

—Dan náuseas —graznó—. ¿Cómo hizo esos desgarros en las chicas?

—¿Usted qué cree?

—Prefiero oírselo de viva voz, porque yo no creo nada de momento.

Frank se puso rojo.

—¡Las violó! —dijo casi a gritos—. ¡Las ultrajó de la manera salvaje que demuestran estas imágenes! ¿Lo quiere más claro todavía, o espera que se lo dé por escrito?

Prescott le miró de mala manera.

—No me grite —barbotó—. Viajé casi toda la noche en medio de la nieve para venir a echarle una mano, de modo que no ganamos nada con enfrentarnos usted y yo. ¿Cómo es ese fenómeno, si alguien lo ha visto?

Con visible esfuerzo, el comisario recuperó la calma.

—Nadie lo ha visto con detalle hasta ahora. Por lo menos nadie que esté vivo. Yo vi una figura gigantesca. Pasa de dos metros, y es corpulento y desproporcionado. Otro hombre, amigo mío, le vio con algo más de calma, pero tampoco tiene una idea muy exacta de su aspecto.

—¿Nadie le vio la cara, nunca?

—Tom Ryder, ese amigo. Le vio una fracción de segundo. A juzgar por la impresión que sacó, no se trata de la cara de ningún

hombre.

—Entonces, ¿qué es, una bestia?

—Quisiera saberlo.

—Se me ocurre que le han echado mucha fantasía a este asunto, comisario. Acepto que se trate de un hombre extraordinariamente corpulento, y loco de atar. Sólo un demente de la peor especie haría eso con sus víctimas, pero nada más.

Frank suspiró.

—Ojalá no salga de su error de manera trágica —suspiró—, ¿Cuál es su idea para acabar con esta pesadilla, si es que tiene alguna?

—Huellas.

—No sirve. Intentamos descubrirlas y fallamos, a pesar de que Ryder puede considerarse un experto. Fue un formidable cazador hace unos años.

—Entonces, hay que descubrir su escondite y cazarlo allí.

—Así de fácil. Estamos casi seguros que se oculta en las grutas de unas antiguas canteras abandonadas. Pero aquello es un laberinto que nadie ha recorrido jamás. Se necesitarían decenas de hombres para controlar todas las posibles salidas, de lo contrario cualquiera podría burlarse de sus perseguidores durante meses.

—Bueno, reúna una partida de hombres y vayamos a...

Frank ya estaba sacudiendo la cabeza.

—Olvídelo. Estamos solos. Usted, yo y Tom Ryder. Nadie le secundará en semejante empresa. Y nadie saldrá de su casa después de anochecer.

—Ya veo. Terror colectivo, ¿eh?

—Ni más ni menos.

Prescott se rascó la nuca, perplejo.

—Bien, supongo que sólo podemos hacer una cosa, comisario. —¿Cuál?

—Esperar que aparezca de nuevo. Patrullar nosotros tres, si ese Ryder se atreve.

—Pues si que es usted una gran ayuda.

El teniente arrugó el ceño.

—No me gusta su tono, comisario.

—Tampoco me gusta a mí que hayan enviado a un hombre solo, después que especifiqué la naturaleza del caso.

Prescott soltó un gruñido por toda respuesta. Sacó un paquete de cigarrillos y tras encender uno masculló:

—Supongamos por un momento que se trata realmente de un gigante, de un fenómeno. Un tipo así no aparece por arte de birlibirloque, ¿eh? Suelen trabajar en los circos ambulantes, ya sabe; levantadores de pesas, hombres cañón y cosas así. Si alguno perdió la chaveta y abandonó el circo debería ser fácil de averiguar...

Frank Longman consideró la posibilidad unos segundos.

—Puede intentarse —reconoció—, pero hasta que se demuestre lo contrario seguiré creyendo que se trata de algo fuera de lo normal. No es un ser humano.

—Entonces, ¿qué es?

—Ojalá lo supiera.

—Me ocuparé de pedir informes de los circos que pasaron por el estado en estos últimos meses... Eso será fácil. ¿Podemos contar con su amigo la próxima noche?

—Con toda seguridad.

—Bien, saldremos a la calle y esperemos que ese gigante decida darse un paseo por la nieve.

—Mire, nadie es capaz de predecir lo que hará un ser cómo ése. Pero tenemos una posibilidad si repite su intento... Al parecer, le ha echado el ojo a una mujer determinada.

Le contó con brevedad los hechos acaecidos en casa de Peggy, lo cual no dejó de intrigar todavía más al teniente Prescott.

—Bueno, eso nos demuestra que, hombre o bestia, monstruo o no, el tipo piensa, razona, elige. Si es cierto que va detrás de esa mujer será fácil atraparlo.

—No se confíe si quiere ver el amanecer de mañana, teniente. Y ahora, si no tiene inconveniente, le acompañare a mí casa para que pueda conocer a Ryder y a la muchacha que parece atraer el asesino.

—De acuerdo.

Frank rodeó la mesa. En aquel instante el teléfono sonó y al descolgarlo una voz seca y lejana indagó con quien hablaba.

—Aquí el comisario Longman... ¿Cómo? Oh, por supuesto, le escucho...

Prescott le vio fruncir el ceño, como si las noticias le dejaran perplejo.

—¿No hay ninguna duda al respecto?

Al fin dio las gracias y colgó, pensativo.

—¿Algo que nos ayude? —le acució Prescott.

—No... por lo menos no es nada relacionado con nuestro caso. Vámonos.

* * *

En el garaje, Tom Ryder dio por terminado su trabajo inicial y encendió un cigarrillo. Luego, tomó el revólver y abriéndolo lo cargó con el proyectil en que estuviera manipulando.

Salió al nevado jardín en busca de algo contra que disparar. No vio nada apropiado para lo que necesitaba, de modo que volvió al

garaje y atrapando un saco vacío empezó a llenarlo de tierra.

Acababa de atarlo cuando llegaron Frank y el teniente Prescott. El comisario hizo las presentaciones. El oficial de la policía del estado señaló el revólver.

—¿Se propone hacer prácticas aquí, en un jardín rodeado de viviendas?

—Sólo quiero efectuar un disparo. Contra ese saco de tierra concretamente.

—¿Para qué?

—Ahora lo verá.

Retrocedió, levantó el revólver y tiró del gatillo. El seco estampido atronó el aire. La bala dio en el saco abriendo un claro agujero.

Y entonces sucedió algo más. Dentro del saco terrero sonó una sorda explosión y un geiser de tierra se elevó, como una pequeña erupción volcánica. El saco se desgarró por la mitad y la tierra se desparramó en torno.

Frank se quedó boquiabierto.

El teniente soltó un juramento.

—¡Balas explosivas! —exclamó—. ¿Qué diablos se propone? Esta clase de proyectiles están prohibidas.

Tom le miró con sorna.

—También está prohibido violar mujeres, y matarlas después de hacerlas pedazos. Y no está permitido tampoco romper los huesos a los hombres partiéndolos por la mitad, ¿eh? Sin embargo, ese fulano lo hace, teniente.

—Conforme, hemos de cazarlo, pero no de ese modo. No quiero ni imaginar el escándalo que se armaría si llegara a saberse que disparamos contra él con esta clase de munición. Olvídelo, Ryder.

—Oiga, Prescott, usted podrá dispararle con balas de fogueo si le apetece. Pero yo le partiré por la mitad en cuanto pueda echármelo a la cara porque ahora sé que sus intenciones son hacer con Peggy lo que hizo con las otras. ¿Entiende lo que quiero decir? No correré ningún riesgo que yo pueda evitar.

Prescott pareció dispuesto a seguir protestando, pero el comisario tiró de él hacia la casa.

—Venga conmigo, teniente, le presentare a Peggy Rubin y a mí esposa…

Ryder les vio alejarse y suspiró. Desentendiéndose de los dos hombres, tomó un puñado de cartuchos y puso manos a la obra.

Cuando llegara la noche, tendría proyectiles explosivos suficientes para tumbar a cualquier monstruo, por grande que fuera…

CAPÍTULO XI

—El rifle pertenecía a Abbie Doyle —dijo Frank sin rodeos.

Estaban solos en el garaje. El crepúsculo, adelantado por una nueva nevada, anunciaba las sombras nocturnas en medio del silencio y del terror de todo un pueblo.

Tom se volvió poco a poco.

—De modo que es eso —rechinó entre dientes.

—Tal vez el vagabundo se lo robó...

—Ni borracho lo creería. Doyle me amenazó delante de testigos, ya te conté la escena. Sólo que no se atrevió a cumplir la amenaza personalmente, es demasiado cobarde para eso, y contrató al único tipo capaz de aceptar un trabajo tan sucio. Hubo de proveerle también del arma con que liquidarme y ésta es la razón de que el vagabundo borracho estuviera en la calle a semejantes horas.

Frank refunfuñó un juramento entre dientes.

—Era lo único que nos faltaba, a fe mía —dijo de mal talante—. ¿Qué piensas hacer, Tom? Puedo, detenerle si tú presentas una acusación en regla.

—Olvídalo.

—¿Vas a olvidarlo tú?

—Desde luego que no.

—Si le interrogo dirá que el rifle le fue robado, eso es obvio.

—No quiero que le interrogues. Iré a verle y le saltaré las muelas. Eso le hará entrar en razón, si es que cabe algo de razón en su cerebro apolillado.

—Espera un minuto, Tom...

—Es lo que Doyle anda pidiendo a gritos y voy a dárselo.

—¿No crees que esta noche tenemos cosas más importantes que hacer?

—Aún no ha oscurecido... Después que haya ajustado las cuentas a ese bastardo seguiremos con el plan previsto. Tú te quedarás al cuidado de las mujeres, y el teniente y yo ocuparemos la casa de Peggy.

—No estoy seguro de que eso me guste.

—Es demasiado tarde para variar nada.

Ryder se enfundó el grueso chaquetón de piel, ajustó el revólver en su cinturón y abrochándose encaminóse a la puerta.

Frank hubiera querido detenerle, pero tal como estaban las cosas

prefirió dejar correr los acontecimientos. Por otra parte, Doyle merecía un escarmiento.

Suspiró y cerrando el garaje fue a reunirse con las dos jóvenes. Peggy estaba pálida y nerviosa, más excitada que nunca a medida que se aproximaban las tinieblas de la noche.

—¿Dónde está Tom? —indagó—. Esta tarde dijo que cenaría con nosotras antes de marcharse...

—Surgió algo inesperado y se fue antes de lo previsto. No te inquietes, es algo ajeno al caso de ese monstruo del diablo.

—¿No estarás mintiendo, Frank...?

—Por supuesto que no. Hasta que sea de noche no irá a tu casa.

Ella le observó, aun desconfiada. Luego murmuró una excusa y fue a encerrarse en la habitación que le hablan destinado.

Doris susurró:

—¿De veras es como tú dijiste? Tom no...

—No ha salido a la caza de monstruos. Sólo fue a romperle los dientes a Abbie Doyle, así que deja de preocuparte y acaba con la cena. El teniente no tardará en llegar, y hasta es posible que Tom regrese a tiempo de cenar también. No creo que Doyle sea enemigo para él.

—Tom hará bien no confiándose, querido. La gente habla de Doyle y sus rarezas y no acaba de sacar en claro qué es lo que anda mal en él...

—Los sesos—refunfuñó Frank.

—¿Tú también piensas que no está bien de la cabeza?

—¡Ya lo creo que lo pienso! La tiene llena de grillos. Aún sigue convencido de que descubrirá la piedra filosofal o algo así con su laboratorio de juguete. ¿Qué te parece si ahora te ocupas un poco de nuestra cena?

—Bueno, bueno, ya voy...

Al quedar solo, el comisario hubo de reconocer que no estaba tan tranquilo como quiso aparentar.

* * *

Doyle abrió la puerta con cierta cautela, sólo que las precauciones no le sirvieron de nada. El primer puñetazo le tiró de espaldas dando tumbos, hasta que encontró la pared a sus espaldas y eso le detuvo con un sonoro batacazo.

Ryder entró y cerró la puerta con llave.

—No pudiste estarte quieto, ¿eh? —gruñó—. Tuviste que contratar a un degenerado para que me matara.

—¿Qué, qué...?

—El teatro no te servirá de nada. Fuiste tan estúpido como de costumbre y le diste tu propio rifle. Eso te delató.

—No sé de qué infiernos estás hablando.

Se apoyó contra la pared, jadeando. Un hilillo de sangre se deslizaba de sus labios rotos.

Tom avanzó paso a paso, rojo de ira.

—Vas a tragarte los dientes, bastardo del demonio. Cuando acabe contigo no te quedarán ganas de hacer más estupideces.

—¡Maldito seas! No te atrevas a tocarme. Ryder.

—Impídelo si tienes agallas.

Disparó la zurda y el puño se hundió en el estómago de Doyle como un ariete. Se oyó un sordo *ploff* y un alarido. Doyle empezó a doblarse con la cara desencajada por el dolor, boqueando como un pez fuera del agua.

Ryder volteó la derecha y le cazó en el mentón, levantándole en vilo. Sólo que eso fue excesivo para Doyle y acabó desplomándose de bruces, gimoteando como una mujerzuela.

Tom esperó.

—Eso no es más que el principio —anunció con voz chirriante—. La próxima vez que quieras matar a alguien necesitarás algo más que un rifle y un vagabundo. Necesitarás muletas para moverte.

Con la cara aplastada contra el suelo, Doyle no pudo replicar. Ya tenía bastante trabajo para recobrar el resuello.

Ryder miró en torno. Había algunos cuadros en las paredes, y una estantería con libras, muy desordenada. En uno de los estantes vio una fotografía en un marco de plata y enarcó las cejas.

—¿Qué te pasa, también estás enamorado de Peg, como lo estuviste de Verena?

Sólo cuando se acercó a la foto comprobó su equivocación. Aquella era una vieja fotografía de Verona, no de Peggy. El paso del tiempo había hecho que la hermana menor se pareciera a la mayor de un modo asombroso, aunque había sido preciso ver la fotografía de la mujer desaparecida para darse cuenta del extraño parecido.

Estaba absorto contemplándola cuando oyó un ruido a sus espaldas. Volviéndose, llegó a tiempo de ver a Doyle desaparecer más allá de una puerta que había abierto en silencio.

—¡Tú, hijo de perra, no huyas! —rugió echando a correr.

Al final de un pasillo, el fugitivo se hundió por un tramo de escaleras que descendían a un oscuro sótano. Tras él Tom saltó los peldaños enfurecido. Antes de que llegara abajo, sonó el golpe de una puerta al cerrarse y Doyle desapareció.

La puerta era sólida, pero Ryder estaba demasiado encolerizado para detenerse. Se arrojó contra la madera y rebotó. Un segundo intento hizo crujir los goznes, y a la tercera embestida la puerta saltó

hacia adentro con estrépito.

Trastabilló, parándose asombrado. Se hallaba en un espacioso laboratorio, mucho mejor equipado de lo que imaginara jamás.

Doyle se había detenido al fondo, junto a un mamparo metálico, y le miraba con ojos como llamas.

—Debes haber gastado toda tu fortuna instalando todo esto —comentó Ryder, avanzando entre las largas mesas repletas de probetas, pequeños alambiques, microscopios y frascos conteniendo extraños líquidos multicolores.

Doyle abrió una estrecha puerta. Más allá apareció sólo un oscuro agujero.

—¡No des un paso más, Ryder! —bramó—, ¡Es aquí donde quería tenerte... dónde vas a pagar por todo lo que me hiciste, por lo que hiciste con Verena...!

—Estás para que te aten.

—Con una risita espeluznante, Doyle alargó la mano y abrió una segunda puerta, más baja y sólida que la primera. Casi con el mismo movimiento saltó hacia atrás y desapareció en la negrura, cerrando la puerta metálica tan pronto la hubo atravesado.

Casi pareció un truco de prestidigitador. Ryder se maldijo por haberle concedido semejante oportunidad al loco de Doyle.

Entonces sonó un sordo gruñido y dejó de pensar en el escurridizo Doyle para preocuparse de oíros problemas más inmediatos.

Por el portón abierto asomó la gran cabezota de un perro lobo, el cual gruñó amenazador, de un modo que daba escalofríos. Era como un sordo quejido, una amenaza siniestra cargada de dolor y de rabia.

Sólo que había algo más en aquel perro. Tenía los ojos enormemente abiertos y como estrábicos. Sus fauces, retraídas y acartonadas, dejaban al descubierto unos afilados colmillos largos, monstruosos y desproporcionados.

En el primer instante, Ryder se quedó paralizado por la sorpresa. Luego captó esas anomalías en el animal y dio un paso atrás de modo instintivo.

El perrazo avanzó un poco más. La mitad de su cuerpo quedó a la vista, y de nuevo Tom sintió un repeluzno de temor casi supersticioso. Tenía gruesas patas delanteras, pero torcidas como sarmientos, monstruosas y torpes.

Algo empujó al perro, que acabó de salir de su cubil. Otra cabezota parecida a la suya surgió, y después una tercera. Ninguno de aquellos animales tenía aspecto normal, sino que parecía producto de una pesadilla, deformes, retorcidos, monstruosos.

Tom dio otro paso atrás hacia la puerta de la escalera. Entonces el primero de los canes saltó hada él con un verdadero rugido. Su salto

quedó corto debido a sus extrañas patas, pero agazapándose se dispuso a saltar otra vez sobre el hombre.

Los otros dos avanzaban paso a paso, tambaleantes, porque parecía increíble que pudieran sostenerse sobre los deformes muñones que parecían sus patas.

Ryder empuñó el revólver, lo levantó y apretó el gatillo en el instante en que el perrazo sallaba por segunda vez.

La bala le penetró en la cabeza. Hubo una segunda explosión que se fundió con el eco del disparo y toda la cabeza voló en pedazos, corlando el salto antes de que llegara a él.

Un sudor helado se deslizaba por la nuca de Tom. Vio a los otros dos animales agazapados, dispuestos a atacarle. Empezaba a dudar de su propia cordura, porque aquello más parecían abortos de la naturaleza que perros de una raza hermosa y noble. Hizo otros dos disparos y la tremenda pesadilla terminó, pero le temblaban las piernas cuando se apoyó de espaldas en la pared.

Quizá para oír su propia voz, maldijo a Doyle a gritos. Luego, se acercó a los animales muertos, comprobando que eran realmente deformes, pero también terriblemente fuertes y poderosos porque sus músculos y tendones eran duros como el hierro.

Con nuevas ideas respecto a Doyle, comenzó a revisar todo el laboratorio antes de abandonar la casa para reunirse con el teniente Prescott.

CAPÍTULO XII

El policía estatal gruñó:

—No comprendo a dónde quiere ir a parar, Ryder. Por lo que entiendo, eran sólo perros.

—Cuando los vea lo comprenderá. Me equivoqué al juzgar a Doyle como un simple lunático. Es algo mucho más peligroso.

La cosa no pareció interesar demasiado a Prescott, que contemplaba la nieve a través de los cristales de la ventana.

Estaban a oscuras, en la silenciosa casa. Igual que en la noche anterior, sólo había luz en la habitación de Peggy.

—Si ese tipo viene esta noche, aunque no le veamos forzosamente habrá de dejar sus huellas por los lugares donde pase, con toda esta nieve —comentó el teniente como si hablara consigo mismo.

Antes de que Tom pudiera replicar sonó el teléfono.

A tientas, lo descolgó de un manotazo.

—¿Frank? —gruñó—. Quedamos que no llamaríamos por teléfono para no alarmar al tipo si estaba en las cercanías...

—¡Peggy se ha ido!

Le pareció que un rayo caía sobre su cabeza.

—¿Estás loco?

—¡Te digo que ha abandonado mi casa, Tom!

—¡Maldita sea! ¿Cuándo?—No sé... Creí que estaba en su dormitorio, pero se había ido... Doris dice que... Espera un momento.

Las manos le temblaban. Un miedo viscoso empezó a apoderarse de él como envolviéndole, penetrándole hasta la médula de los huesos.

Oyó la voz de Doris a través del auricular y en el primer instante no entendió una sola palabra.

Doris gritó:

—¡Tom! ¿Estás ahí? ¡Tom!

—¡Si, sí!

—Peg estaba muy rara esta noche, Tom... Empezó a decir tonterías y traté de calmarla. Pero insistía que sólo ella podía llevar al monstruo a vuestro alcance... que él la quería a ella, que podía saber dónde estaba escondida. La obligué a acostarse y le di una taza de té. Cuando volví a subir arriba ya no estaba.

—¡Condenada estúpida! Seguro que viene hacia aquí. ¿No se ha llevado ningún coche?

—No.

—¡Viene a pie! —rugió enfurecido.

Colgó de un golpe y el teniente le sacudió per el brazo, intrigado.

—¡Bueno! ¿Qué pasa, hombre?

—Peggy... ha abandonado la casa de Frank. Creo que viene hacia aquí para atraer el asesino y ponerlo a nuestro alcance.

—¡Caray, eso sería magnífico!

—Repita eso y le mato, Prescott —rechinó Tom.

El teniente se estremeció ante el intenso salvajismo de aquella voz.

—Está bien, Ryder, tómelo con calma, fue sólo un comentario. ¿Qué le parece, salimos a buscar a la chica, o esperamos que llegue?

—Necesitaríamos saber el camino que sigue, y eso es imposible. Pero yo saldré y recorreré las calles circundantes. Usted vigile entre tanto, y si ve un tipo como una montaña dispare. No haga preguntas, no pierda tiempo. Sólo dispare o no lo contará. Y trate de no meterme un plomo a mí cuando regrese.

—No me gusta que me den órdenes. Ryder...

—A mí no me gustan muchas cosas de usted, teniente, y le soporto a mí lado. Estamos igual.

Abrió la puerta y el viento arremolinó la nieve hasta el vestíbulo a oscuras.

El policía se apresuró a cerrar y Tom quedó solo en la acera. Se caló el sombrero hasta los ojos y deslizándose pegado a la pared se alejó de la puerta.

Caminó con cautela en torno a la casa, saltando incluso el seto del jardín contiguo para salir a la calle posterior.

Todo era silencio y oscuridad. La nieve diluía incluso sus propios pasos.

Siguió moviéndose paso a paso, dando un rodeo para regresar a la calle donde se abría la casa de Peggy. No vio más luz que la de aquella ventana solitaria, como un ojo ciclópeo vigilando la noche, atrayendo con su luz la espantosa muerte.

Recordó que las dos veces que viera al criminal, éste sé apostaba en la esquina, frente a la casa convertida en trampa. Atravesó la calle y fue a apostarse en el lugar que otras noches ocupara el monstruo.

Y allí esperó.

No podía hacer otra cosa.

* * *

Peggy se detuvo con el corazón golpeándole en la garganta. Contuvo el aliento y escuchó el denso silencio, mientras los copos de

nieve humedecían su rostro helado.

De pronto advirtió su inmensa soledad. Apenas lograba orientarse en medio de la nevada y del miedo, más atenta a captar cualquier rumor que a vigilar sus pasos.

Estaba en una calle estrecha, con casas de tres plantas que formaban un angosto cañón por el que se desplomaba la nieve. Caminó hasta la primera esquina y miró alrededor.

Había una plazoleta, y al fondo la masa oscura de la iglesia, la misma iglesia que regentara el padre Collins, muerto también a manos del monstruo.

Ahora sabía dónde estaba. Aceleró el paso dejando atrás la desierta plaza; pasó por delante de la escuda, y después ante la fachada del cinc. Un cartel de colorines anunciaba la película que habían proyectado el fin de semana pasado.

Volvió a detenerse poco más allá del cine y de nuevo escuchó con todos los sentidos alerta. Si se daba prisa llegaría a su casa en menos de diez minutos. Casi echó a correr.

Adelantó camino atravesando un jardín público, pisoteando los arriates a hora vados de flores.

Luego, de pronto, supo que «él» la había encontrado.

Se detuvo como si hubiera tropezado con un muro. Aquella sensación conocida estaba de nuevo allí, envolviéndola. La vigilaba, espiándola desde las tinieblas. Ya casi llegaba a su casa. Un poco más, sólo un poco más y estaría a salvo... con Tom, en los brazos de Tom Ryder...

Miró en torno despavorida, pero luchando por controlar el pánico, por dominar los deseos de chillar y echar a correr.

—No pudo ver nada en la oscuridad, pero si oyó el crujido de la nieve bajo un gran peso, a su derecha.

Contuvo el aliento. El corazón le dolía contra las costillas y sentía una sensación de ahogo, una angustia infinita.

Hubiera querido gritar, pero temió atraer las iras del monstruo, o delatar su presencia si él aún no la había descubierto.

Cuando la enorme sombra negra surgió a veinte pasos de distancia apenas si experimentó más terror del que ya la agarrotaba. Lo vio allí, pesado, informe, balanceándose sobre sus grandes pies. Unos ojos rojizos parecían taladrar las tinieblas y llegar hasta ella con un poder hipnótico, dominantes, extraños.

Peggy empezó a retroceder poco a poco, en silencio, mientras la negra sombra avanzaba a su encuentro sin ninguna prisa ahora, seguro de que tenía la víctima a su alcance, sólo con que diera unas pocas zancadas.

De pronto a la muchacha le pareció escuchar una voz gutural y profunda, algo que ni siquiera parecía humano. Pero modulaba

palabras, sonidos, intentaba hacerse comprender mientras los terribles ojos, como llamas fosforescentes en la negrura, la seguían, dominantes.

Trató de comprender aquel extraño gruñido. El volvió a hablar de aquella manera espeluznante, como si lo hiciera con media lengua, o con las cuerdas vocales agarrotadas.

Sólo que ahora estaba mis cerca. Peggy sintió que los pelos se le ponían de punta.

—¡Dios, no...! —susurró.

Y él lo repitió.

—¡Ve...re...na...!

—¿Quién... es usted...?

—¡Ve...re...na! —retumbó la voz gutural—. ¡Al... fin...!

—¡Yo soy Peggy!

—¡Ve...re...na...!

Le vio avanzar más aprisa. Sus pies parecían clavados en el suelo. El terror era una cosa viscosa deslizándose por su piel como un gran reptil.

Cuando pudo despegarlos de la nieve era demasiado tarde para huir. La mole enorme estaba ya junto a ella y entonces Peggy pudo captar todo el espanto de aquel ser, toda la horrenda monstruosidad de una cara espeluznante. Vio el revoltijo de facciones donde nada parecía estar en su sitio, ni los ojos, ni la boca, ni la nariz apenas visible en medio de una salvaje maraña de pelos como cerdas. Aquella boca grande y torcida, casi un tajo vertical, balbució de nuevo el nombre de su hermana. Luego, dos manazas parecieron desprenderse del cuerpo y la atraparon por los brazos, levantándola en vilo con una fuerza sobrehumana.

Peggy apenas captó la suavidad con que las manos la sujetaban. Sintió aquel contacto repelente, vio la proximidad de aquel rostro retorcido y chilló.

Fue un aullido instintivo en el que no intervino su voluntad. Sólo gritó, y él pareció sorprendido, y luego ella ya no supo nada más porque perdió el conocimiento.

CAPÍTULO XIII

Apagado por la densa capa de nieve, el alarido de Peggy llegó hasta Ryder apenas audible. Pegó un salto apartándose de la pared y luego echó a correr sin pensar en nada más que en Peggy y en lo que estaría sucediendo.

Instintivamente gritó en la noche. Sus gritos quizá detuvieran al monstruo el tiempo suficiente de llegar hasta él. Quizá aquel demonio de las tinieblas decidiera matar primero al intruso que acudía a estropearle su festín de deseo y de sangre...

Siguió gritando mientras corría, los dedos agarrotados en torno a la culata del revólver y toda la cólera del mundo burbujeando en sus entrañas, alentándole, empujándole.

Cuando desembocó en la calle más amplia y vio la informe silueta su último grito fue más un rugido que otra cosa.

Luego, advirtió que el monstruo sostenía a Peggy entre sus manos y el hielo de la muerte entró en su sangre.

Levantó el revólver. La masa oscura ofrecía un excelente blanco, pero no podía distinguir con seguridad los contornos de la muchacha, y si la acertaba a ella con uno de aquellos proyectiles explosivos...

Avanzó un poco. Oyó el sordo gruñido del gigante.

—¡Déjala en el suelo! —barbotó.

—Ve...re...na es mía...

La sorpresa le paralizó un instante. ¡Hablaba! De modo torpe y gutural, pero era una voz humana.

Si soltara a la muchacha... si pudiera enfurecerlo hasta que decidiera atacarle a él...

Y de pronto supo cómo hacerlo.

—¡No! —gritó—. ¡Verena me pertenece, es mía, sólo mía! Suéltala para que pueda casarse conmigo.

Esta vez, el bramido que surgió del monstruo fue tan agudo, tan espantoso, que incluso Ryder se sintió paralizado de espanto.

Vio cómo aquel ser demoníaco depositaba el cuerpo de Peggy en el suelo con suavidad, sobre la blanda nieve, y esperó que se alzara para disparar.

Cometió el error de creer que podía esperar y casi le costó la vida, porque el monstruo se disparó a si mismo hacia adelante desde aquella postura agazapada. Sus piernas le impulsaron como enormes resortes, rugiendo y manoteando.

Tom disparó mientras intentaba esquivar la acometida salvaje. El estampido retumbó, y otro le hizo eco cuando en la pared de la casa más próxima el proyectil estalló.

—¡Maldito...!

Sintió que sus pies resbalaban. Empezó a caer hacia atrás, con la enfurecida mole oscura viniéndosele encima y de nuevo tiró del gatillo.

Uno de los enormes brazos volteó de un modo extraño cuando lo golpeó el proyectil. Luego, en el brazo hubo una sorda explosión y parte de la extremidad voló por los aires.

El gigante se detuvo, rugiendo, con unos bramidos que estremecían las paredes. Dio un puntapié a su adversario cuando Tom intentaba levantarse, y el impacto lanzó a Ryder a seis o siete pasos de distancia con un dolor de agonía lacerándole el pecho.

Tardó una fracción de segundo en advertir que había perdido el revólver. Y otra fracción de segundo en darse cuenta de que aquel era el último instante de su vida, porque el monstruo se precipitaba hacia él bramando de dolor y de ira, manoteando con su único brazo sano. La zarpa le atrapó por el hombro, levantándole en el aire como una pluma, zarandeándole. La cara horrenda le miró como disponiéndose a devorarlo. Ryder golpeó ciegamente, pero era lo mismo que disparar puñetazos contra un muro de ladrillos.

Sólo pensó fugazmente que después de él, Peggy estaría a merced de aquella horrenda criatura... y en aquel instante sonó el estampido de un rifle, y después los gritos del teniente que llegaba a la carrera.

La zarpa le volteó y se sintió volar en el aire, hasta que algo sólido detuvo su vuelo y cayó de bruces sobre la nieve, aturdido, con dolores de agonía en todo el cuerpo lacerándole hasta las más sensibles fibras del cerebro.

Prescott se inclinó a su lado.

—¿Ryder, me oye?

—¡Sígale... no se preocupe por mi... sólo mátelo!

El teniente desapareció de su confusa visión. Intentó levantarse y volvió a caer hundiendo la cara en la nieve. La frialdad le despejó y al fin pudo arrastrarse hacia donde yacía la desvanecida muchacha.

—¡Peggy!

Otros pasos se aproximaban a todo correr. Tanteó en busca del perdido «45» y cuando lo empuñó se quedó esperando, agazapado.

Frank surgió de entre la blanca cortina como una aparición, armado hasta los dientes.

Tom gruñó:

—¡Aquí, no vayas a disparar ahora!

—¿Lo tienes?

—¡Con un demonio! Prescott fue tras él, aunque pude arrancarle

parte del brazo de un disparo. Ayúdame... Peggy está aquí.

Frank la tomó en brazos. A lo lejos retumbó dos veces el potente rifle del teniente. Caminaron a trompicones hacia la casa de la muchacha. Hubo aún otro disparo en la distancia y después un pesado silencio se adueñó del mundo que les rodeaba.

Depositaron a la muchacha sobre un diván y Frank la reconoció rápidamente.

—No tiene ni un rasguño —suspiró, aliviado—. Sólo se desvaneció. A veces me pregunto dónde tienen el sentido común las mujeres, Tom. Salir al encuentro de esa mala bestia...

—Hay algo muy extraño en todo esto, Frank, y no me refiero sólo a los crímenes. Vi cómo ese demonio sostenía a Peggy en brazos. No parecía agresivo contra ella, y cuando yo aparecí la dejó sobre la nieve con todo cuidado, como si temiera lastimarla. ¿Te das cuenta? No quería hacerle ningún daño. Además, habla, Frank.

—¿Qué, esa bestia?

—No es ninguna bestia. Le oí hablar. El creía que Peggy era Verena.

—¿Has perdido la chaveta tú también?

—Te aseguro que la nombró. Estaba seguro de que Peg era su hermana Verena. Y si te detienes a pensarlo, en la actualidad Peggy se parece de modo asombroso a su hermana.

Frank se quedó boquiabierto.

—Apenas si la recuerdo —murmuró—. Pero si tú lo dices...

—Yo tampoco había caído en la cuenta hasta que vi una fotografía de Verena en casa de Doyle. En el primer instante creí que era una foto de Peggy. ¡Doyle! —jadeó de pronto, rígido como un poste.

—¿Qué te pasa ahora?

—Los perros... los perros deformes, monstruosos...

—Tom, has perdido el control, y no me sorprende después de tu experiencia de esta noche. Trata de calmarte.

—¡Tonterías, estoy perfectamente! Aquellos pobres animales, distorsionados, retorcidos, con las patas como sarmientos y las cabezas monstruosas... ¡Doyle lo hizo! De algún modo experimentó en aquellos perros.

—No entiendo una maldita cosa.

—Tenemos que cazarlo, maldito sea.

—¿A Doyle?

—Y le arrancaré el corazón con las manos desnudas si mis sospechas son acertadas... ¡Vamos!

—¡Eh, aguarda un minuto! ¿Qué hacemos con la chica?

—La llevaremos a tu casa. ¡Aprisa, Frank, aprisa!

Sin comprender nada, el comisario cargó con el desmadejado

cuerpo de la muchacha y se dirigieron a la puerta. Antes de llegar a ella el teléfono retumbó en el silencio.

—¡No te detengas, yo contestaré! —gritó Ryder.

Descolgó el auricular. La voz alterada del teniente llegó hasta él cargada de ansiedad.

—¿Comisario?

—Soy Ryder. ¿Dónde está usted, Prescott?

—Obligué a una gente que me abrieran para utilizar el teléfono. Tengo a ese fenómeno acorralado dentro de una casa, herido. Ha dejado un río de sangre en la nieve.

—Iremos inmediatamente. ¿En qué casa está usted?

—Aguarde un momento...

Oyó un confuso murmullo de voces. Luego, el teniente le dio una dirección y colgó.

Sólo cuando hubo depositado el auricular en el soporte Tom Ryder cayó en la cuenta de que la calle mencionada por Prescott era la misma donde Doyle vivía. Y el número...

Salió disparado como una bala.

* * *

Prescott se había adueñado de la casa desde la que llamara por teléfono. Un matrimonio de mediaba edad les contemplaban asustados, pálidos como cadáveres.

—Ahí delante —señaló el teniente a través de la ventana—. Entró en esa casa como si conociera el camino.

—Y probablemente lo reconoció —dijo Tom, ceñudo.

—Está malherido, de modo que no creo que le quede mucha cuerda. ¿Vamos a por él de una vez?

—De acuerdo, pero quisiera cazarlo vivo si fuera posible, Prescott.

—¿Qué?

—Ya lo oyó.

—Si mal no recuerdo, las balas que usted se fabricó no son para cazar a nadie vivo, Ryder.

—He cambiado de idea.

Frank exclamó de pronto con voz queda:

—¡Eh, miren eso!

Desde la oscuridad de la ventana, vieron una sombra deslizarse junto a la cerca de la casa de Doyle. Se movía con extremada cautela, apenas una sombría silueta diluía en la cortina de nieve.

—Se dirige a la entrada —rezongó Prescott—. Hay que impedirlo...

—¡Quieto ahí! —rechinó Tom—. Ese es Doyle que regresa al hogar. Vuelve con la esperanza de encontrar mis despojos esparcidos por el laboratorio...

—¡Pero va a tropezarse con ese carnicero...!

—Sospecho que ése le pertenece.

—Ha entrado en la casa —murmuró el comisario.

—Ahora podemos intervenir nosotros. Hay otra puerta trasera, supongo. Habremos de separarnos.

Con evidente alivio, el matrimonio dueño de la casa les vieron salir y se apresuraron a cerrar la puerta.

Prescott eligió la fachada posterior, de modo que Ryder y el comisario se apostaron junto a la puerta delantera. Frank probó el tirador, pero Doyle había asegurado la cerradura al entrar.

—Esperemos un poco, para que Prescott esté en su puesto, y reventaremos la cerradura a tiros —sugirió Tom.

Apenas había acabado de hablar, dentro de la casa resonó un alarido alucinante, un aullido que no parecía siquiera humano.

—¡Doyle!—dijo Frank.

Disparó dos veces contra la cerradura. Casi al mismo tiempo, en la parte trasera del edificio resonaron dos disparos más.

De un puntapié abrieron la puerta. Oyeron otro alarido agónico y orientándose por él corrieron hacia la puerta del sótano.

El laboratorio era un caos. Entre las ruinas de lo que estuviera antes sobre las mesas aparecían los cuerpos de los perros muertos, y en medio de todo ello, un ser enloquecido, de más de dos metros de estatura, contrahecho, monstruoso, agitaba en el aire el cuerpo de Doyle, hecho una piltrafa.

Cuando irrumpieron en el laboratorio, el asesino se revolvió velozmente. Le faltaba la mitad del brazo izquierdo, pero con el derecho arrojó el cuerpo de Doyle contra los intrusos, y luego él mismo se precipitó rugiendo hacia los tres hombres.

Ryder iba a gritarle cuando el teniente empezó a disparar bala tras bala con su rifle de repetición. El gigante acusó los impactos y trastabilló, sin derrumbarse, sólo meneando la cabeza aturdido. En su pecho, las balas abrían sangrientos agujeros, cuya sangre se mezclaba con la que ya le cubría todo el cuerpo.

—¡Basta ya, Prescott, maldito sea! —rugió Tom.

Una última bala reventó la frente del monstruo y al fin éste se derrumbó con estrépito.

—¡Le dije que no lo matara! —gritó Ryder, enfurecido.

—Usted dijo esto y aquello... ¿Quién demonios se cree que es? Ese fenómeno se disponía a hacernos pedazos, ¿recuerda?

—¡Al infierno con usted!

Inclinándose sobre el agonizante asesino. Tom intentó captar

algún rasgo reconocible de su monstruoso rostro.

Fracasó. Aquello era sólo una carátula horrible.

—¡Eh, Doyle aún vive! —exclamó Frank.

De un salto, Ryder estuvo al lado de su enemigo. Le atrapó por los cabellos y levantándole la cabeza gritó:

—¡Escúchame, bastardo! ¿Puedes oírme?

Los ojos sin vida de Doyle giraron hasta enfocarlo.

—¡Tú... tú... mald...!

—Vas a reventar de un momento a otro, Doyle. Y si no revientas, yo mismo te arrancaré la cabeza, así que dinos algo de todo esto, ¿comprendes? Maté a esos pobres perros. Experimentaste con ellos, ¿no es cierto?

—Sí... una fórmula mía...

—Ajá. Les convertiste en lo que yo vi. Luego, hiciste el mismo experimento en un ser humano... en un hombre. ¿Estoy en lo cierto?

—Le detestaba... le odiaba... como... como te odio a ti...

—Eso va a llevarte muy lejos ahora. ¿Quién era ese desgraciado?

Doyle sólo le miró, pero apretó los dientes y no dijo una palabra.

Con voz lenta, Ryder dijo sin embargo:

—No necesitas decírmelo. Era Bud Matson, el novio de Verena. Sólo así se explica su desaparición. ¿Cuánto tiempo estuviste experimentando con él?

Un largo suspiro brotó de la garganta del moribundo.

—Más de... de cuatro años... encadenado en una caverna de... de las canteras... ¡Yo le convertí en ese monstruo...! Lo hice... soy un genio... un genio...

—¿Y luego?

—Se hizo demasiado fuerte... rompió las cadenas... huyó y ya estaba loco... loco...

—Le destruiste el cerebro y sólo quedó en él una sola imagen... la imagen de Verena, de la que también estabas enamorado con tu cerebro retorcido, no con el corazón. Ahora dinos qué le hiciste a ella. Doyle se moría a chorros. Boqueó sin voz. Al fin, con la sangre burbujeando en su garganta, explicó:

—Vivió... para ver... para ver a Matson transformarse en... en esa bestia... lo vio todo el tiempo... encadenada con él... y la poseía entonces... porque era mía... era mía... murió loca... como él...

Rechinando los dientes, Ryder le descargó un tralla/o que hizo rebotar la cabeza contra el suelo. El cráneo no pudo resistir el salvaje impacto y se agrietó como una fruta podrida.

Prescott dio un grito, sujetándole. Frank le apartó de Doyle antes que cometiera otra barbaridad y luego, inclinándose, anunció:

—Está muerto, así que cálmate, muchacho.

Dando traspiés. Tom Ryder abandonó el laboratorio y una vez

fuera dejó que la nieve helara su cara, ahogando las ganas de vomitar que experimentaba.

Mucho tiempo después su mente se aclaró, librándose de las atroces imágenes que las palabras del demente hablan incrustado en ella. Pensó en Peggy. Pensó en los instantes vividos en su dormitorio, en su boca como una llama, en aquel cuerpo pletórico de juventud y deseo…

Sin aguardar a los otros, echó a andar por las desiertas calles hacia la casa del comisario. Sus huellas quedaban profundamente marcadas en la nieve, pero ya no eran las huellas del terror.

FIN

¡Los más audaces y fascinantes logros de la ciencia cosmonáutica, los sueños hechos realidad de un futuro previsible y cercano!



¡Una colección semanal cada uno de cuyos volúmenes supone un fabuloso viaje a las estrellas...!

¡Reserve con tiempo su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



PRECIO EN ESPAÑA **35** PTAS.

Impreso en España